S. M. FIRSOBA
V. F. TSAGA

teorías económicas burguesas del siglo xx

33

JUAN GRIJALBO
JG
EDITOR

colección 70

COLECCION 70

LIBROS PUBLICADOS

1.—Revolución y contrarrevolución, Carlos Marx

2.—La formación de los intelectuales, Antonio Gramsci

3.—La libertad en el arte, Honor Arundel

4.—Los grupos y el poder político en los Estados Unidos, León Dion

5.—Revolución en filosofía, Howard Selsam

6.—¿Es el comunismo una nueva etapa?, Jacob M. Budish

7.—Los Estados Unidos y América Latina, Herbert Matthews

8.—Materialismo militante, Jorge Plejánov

9.—Guerrillas y contraguerrillas, William J. Pomeroy

10.—Reforma y revolución, Rosa Luxemburgo

11.—Teorías económicas burguesas del siglo XX, S. M. Firsoba-V. F. Tsaga

12.—La CIA y el movimiento obrero, George Morris

●

DE PROXIMA APARICION

¿Qué es la filosofía?, Howard Selsam

Hombre y evolución, John Lewis

El comunismo, L. Kniezeba

Clases y lucha de clases, G. Glezerman-V. Smenov

TEORIAS ECONOMICAS BURGUESAS DEL SIGLO XX

S. M. Firsoba — V. F. Tsaga

TEORIAS ECONOMICAS BURGUESAS DEL SIGLO XX

Versión al español de
José Laín

Fundación Isidoro Acevedo
OVIEDO

EDITORIAL GRIJALBO, S. A.
MÉXICO, D. F., 1967

R. 3242

11

COLECCION 70

TEORIAS ECONOMICAS BURGUESAS DEL SIGLO XX

Título de la obra original en ruso:

TEORIAS ECONOMICAS BURGUESAS Y REVISIONISTAS

Versión al español de José Laín, de la edición rusa de "Editorial Ciencia", Moscú, 1965.

©, 1965, Editorial Ciencia, Moscú, 1965

D. R. ©, 1967, sobre la versión española por Editorial Grijalbo, S. A., avenida Granjas, 82, México, 16, D. F.

PRIMERA EDICION

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso.

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

INDICE

Pág.

LA ECONOMIA POLITICA BURGUESA 7

1 Nuevas formas de apología burguesa y de demagogia social 13

2 Divergencias entre los defensores del "capitalismo regulado" y los de la "libre iniciativa" 17

3 La defensa del "capitalismo regulado" (el keynesismo) 21

4 Las teorías pequeñoburguesas 33

5 La tendencia neoliberal 37

6 Las teorías económicas fascistas 41

LAS TEORIAS ECONOMICAS REVISIONISTAS 45

ECONOMIA BURGUESA 53

1 El keynesismo americano 61

2 Las teorías de la "transformación del capitalismo" 67

3 El maltusianismo contemporáneo 79

LAS TEORIAS ECONOMICAS DEL REFORMISMO Y DEL NEO-REVISIONISMO 83

CRISIS DE LA ECONOMIA BURGUESA 93

1 Las teorías del incremento económico 97

2 El neoliberalismo 107

3 Las teorías modernas de la "transformación del capitalismo" 113

Pág.

4 Los economistas burgueses y las perspectivas de los países en desarrollo 123
5 Los ideólogos de la "integración" imperialista .. 133
6 Infundios burgueses sobre el socialismo 137
7 Bancarrota de la economía política burguesa ... 141

LAS MODERNAS TEORIAS ECONOMICAS DE LOS SOCIALISTAS DE DERECHA Y DE LOS LABORISTAS 145

BIBLIOGRAFIA-INDICE DE NOMBRES 153

Bibliografía 155
Indice de nombres 157

LA ECONOMIA POLITICA BURGUESA

La defensa y justificación del capitalismo por los economistas burgueses en la época de la crisis general del régimen adquieren ciertos rasgos peculiares, originados por los cambios políticos y económicos producidos en este período. Dos factores representan un papel decisivo a este respecto: primero, la escisión del mundo en los sistemas capitalista y socialista; segundo, la agravación de las contradicciones sociales y económicas del capitalismo.

De resultas de la escisión del mundo en dos sistemas, surgió una nueva contradicción de alcance histórico mundial: la contradicción entre el capitalismo agonizante y el socialismo en auge.

La crisis de la economía política burguesa constituye un reflejo directo de la crisis del propio sistema capitalista en la conciencia burguesa. Los economistas burgueses, en razón de la estrechez de sus horizontes, son incapaces de ofrecer un análisis acertado de la crisis general del capitalismo; niegan su existencia, pero, por otra parte, no pueden pasar por alto hechos que testimonian la putrefacción y la agonía del capitalismo. En sus disquisiciones teóricas eluden virtualmente el estado de crisis del capitalismo.

La crisis de la economía política burguesa se manifiesta de manera múltiple, ante todo en la revisión forzosa de algunos conceptos tradicionales burgueses concebidos cuando el capitalismo avanzaba, seguro, en línea ascendente. Marx caracterizó estas ideas tradicionales como

"ideas triviales y engreídas que los agentes del régimen burgués se forman acerca de su mundo, como el mejor de los mundos posibles".[1]

En medio de las crisis generales del capitalismo les era muy difícil a los economistas burgueses defender los viejos dogmas y pintar al capitalismo con un idílico color de rosa.

Interesados en mantener su influencia, estos economistas se han visto en la obligación de hablar del peligro que amenaza al sistema capitalista y, con ello, poner en entredicho hasta el punto esencial de toda la economía política burguesa: el carácter indestructible del capitalismo. Se han visto obligados a criticar la tesis de que el mecanismo de la competencia capitalista elimina automáticamente todas las contradicciones y dificultades. A la vista de hechos tan irrebatibles como el paro masivo y la desocupación crónica del potencial de sus empresas, han tenido que poner en duda el dogma tradicional de que el capitalismo garantiza la plena utilización de todos los recursos productivos y, en primer término, de la mano de obra. La conclusión general dice que, en medio de la creciente descomposición del sistema capitalista mundial, a los economistas burgueses les resulta cada vez más difícil exaltar las energías internas del capitalismo y la acción de sus leyes económicas inmanentes.

En la época en que vivimos, la crisis de la economía política burguesa se manifiesta, por consiguiente, en un reconocimiento forzoso del lamentable estado del capitalismo, de su inconsistencia, y en la búsqueda de recursos para reanimar la economía capitalista, elevar su vitalidad y, ante todo, mitigar las crisis económicas de superproducción y los procesos inflacionistas.

1 C. Marx, *El Capital*, t. I, nota 35.

La evolución de la actual economía política burguesa no se expresa en la renuncia a las viejas teorías vulgares, sino en una nueva utilización de éstas a causa de la agravación de las contradicciones del capitalismo, y en el afán de cumplir la urgente tarea de salvar y fortalecer el régimen capitalista.

Capítulo 1

Nuevas formas de apología burguesa y de demagogia social

Las nuevas formas de apología del régimen burgués que se observan en el período de la crisis general del capitalismo se desarrollan en tres direcciones.

La primera radica en el nuevo enfoque del papel económico del Estado burgués. Durante el período del capitalismo premonopolista, en los círculos burgueses se presentaba al Estado como un "guardián nocturno" que velaba por la tranquilidad de la burguesía y de sus riquezas. Se consideraba la mejor política económica la de la no intervención del Estado en la economía, la política de libertad total para los empresarios. La ingerencia del Estado en la economía se consideraba un mal que convenía reducir al mínimo. La mayoría de los economistas burgueses afirmaban que el mecanismo de la competencia capitalista era capaz de eliminar todas las dificultades y desproporciones económicas, el paro y las crisis de superproducción, sin que el Estado se inmiscuyese en nada.

Durante el período de la crisis general del capitalismo, en medio de enormes conmociones económicas y de una gigantesca agravación de los antagonismos capitalistas, muchos economistas burgueses expresan su falta de fe en la acción de las energías internas de la economía capitalista.

Cada vez con mayor frecuencia, los economistas burgueses apelan al Estado como fuerza capaz de corregir los "defectos" de la acción automática del mecanismo capitalista. La intervención del Estado en la economía es presentada como un factor susceptible de modificar los efectos de las leyes económicas y de determinar las nuevas direcciones de la evolución económica.

Esa es la primera modificación de la apología de la burguesía en el período de la crisis general del capitalismo: se expresa en una exaltación del papel específico del Estado burgués en cuanto a la obra de regular la producción y el cambio, de instaurar el equilibrio entre la demanda social y la oferta y de asegurar la "ocupación plena". Podríamos caracterizar esta tendencia como la teoría del "capitalismo regulado". Su portavoz más relevante ha sido el economista inglés J. Keynes.

La segunda dirección de la moderna apología de la burguesía guarda relación con el nuevo planteamiento del problema de la competencia y del monopolio. Anteriormente, la apología se reducía, en lo fundamental, a ensalzar la libre competencia. Esta última era enfocada como la premisa indispensable y suficiente para asegurar el máximo provecho. Incluso los autores que preconizaban el proteccionismo solían tratar toda medida que menoscabase la competencia como un cierto reajuste del "milagroso" mecanismo de la libre competencia.

Al pasar el capitalismo a su fase superior e implantarse el predominio de los monopolios se hizo más difícil aún justificar el régimen capitalista moderno con argumentos basados en la decantada competencia libre. Poco a poco se abre paso en la literatura burguesa la idea de que la libre competencia no es una cosa típica del capitalismo moderno.

En la literatura burguesa se dedica gran interés al

problema de los monopolios, pero su estudio ha sido enturbiado conscientemente por los apologistas del capitalismo moderno a fin de encubrir la dominación de los monopolios y atribuir resultados positivos a las actividades de aquéllos.

Los economistas burgueses identifican los monopolios con la gran producción, atribuyéndoles todas las ventajas derivadas del engrandecimiento de las empresas y de la concentración de la industria, pasando por alto un hecho evidente: el de que, en numerosos casos, los monopolios dificultan el desarrollo técnico.

Los múltiples procedimientos de que se valen los panegiristas de la burguesía tienden a un solo propósito: demostrar que el capitalismo actual no es monopolista.

La tercera dirección de la apología burguesa se manifiesta en el intento de demostrar que en los últimos decenios el capitalismo ha experimentado una profunda "transformación", que se ha modificado radicalmente la distribución de la propiedad y de la renta nacional, así como la dirección de las empresas. Los apologistas de la burguesía presentan dichos cambios del siguiente modo: En el terreno de la distribución de la riqueza se ha verificado lo que ellos llaman dispersión de la propiedad. Con la amplia distribución de pequeñas acciones, la propiedad de las empresas ha quedado repartida —según ellos— entre el grueso de la población. A menudo, los autores burgueses pretenden presentar este proceso como una "democratización del capital accionista". En lo tocante a la dirección de las empresas, según la fantasía de esos autores, se ha producido la llamada revolución administrativa, consistente en que la dirección de las empresas pasa a manos de una administración asalariada, de los altos empleados y de los directores, mientras que la clase capitalista, según esta versión, queda al margen

de la participación directa y activa en la vida de las empresas.

Por fantásticos que sean estos infundios, no por ello dejan de llevar el sello de la crisis de la economía política burguesa. Representan un engendro del capitalismo moribundo, en cuya época muchos ideólogos burgueses no osan manifestarse abiertamente reconociendo la función dominante de la clase capitalista.

Entre las tres nuevas tendencias apologéticas de la burguesía existe un estrecho vínculo, no obstante los rasgos específicos de cada cual. Todas estas corrientes han surgido sobre la base del capitalismo monopolista; todas ellas reflejan una intensa agravación de las contradicciones capitalistas; todas expresan la ilusión de que la sociedad burguesa es capaz de liberarse o se ha liberado de los "defectos" y "vicios", inherente al capitalismo en otros tiempos, y todas ellas van dirigidas contra la grande e inmortal doctrina de Lenin sobre el imperialismo como capitalismo monopolista, putrefacto y moribundo.

Capítulo 2

Divergencias entre los defensores del "capitalismo regulado" y los de la "libre iniciativa"

En la literatura económica burguesa podemos distinguir dos corrientes fundamentales: la de los partidarios del "capitalismo regulado" y la de los defensores de la denominada "libre iniciativa". John M. Keynes es el ideólogo más notable de la primera, la cual predomina en la actual literatura burguesa.

La segunda tiene sus ideólogos en los Estados Unidos (Knight, Mises y Hayek) y también en Inglaterra (L. Robbins). Después de la segunda guerra mundial, la defensa de la "libre iniciativa" ha adquirido su mayor difusión en Alemania Occidental con el llamado neoliberalismo. A esta tendencia pertenecen también los conocidos economistas suizos W. Ropke y A. Ammen.

En lo tocante a los problemas básicos de la filosofía y de la teoría económica (actitud hacia el marxismo: negación de la teoría del valor por el trabajo, de la teoría de la plusvalía, del empobrecimiento de la clase obrera y de la inevitable caída del capitalismo) no hay divergencias esenciales entre los representantes de ambas corrientes. Sus discrepancias guardan relación, principalmente, con una apreciación distinta del peligro que corre el

capitalismo y de las medidas que conviene adoptar para eliminar este peligro combatiendo las crisis económicas y el paro forzoso.

A diferencia de los defensores de la "economía regulada", que ensalzan desembozadamente la intervención del Estado en la economía, los defensores de la "libre iniciativa" adoptan una actitud negativa respecto a tal intervención. A su juicio, las contradicciones económicas no tienen su origen en la dominación de los monopolios, sino en la ingerencia del Estado en la economía, que provoca el aumento de los gastos públicos, la inflación y la tendencia a incrementar los impuestos. Semejante crítica de la intromisión del Estado sólo sirve para encubrir un apoyo virtual a la utilización del Estado por los monopolios, en particular cuando se trata de militarizar la economía nacional.

Los defensores de la "libre iniciativa" dirigen su crítica, ante todo, contra determinadas formas de la intervención del Estado en la economía, principalmente contra aquellas formas que representan concesiones forzosas de la burguesía a la clase obrera: seguros sociales, legislación fabril, construcción de escuelas, hospitales, etc. Por míseras que sean las medidas adoptadas por el Estado burgués en este terreno, provocan siempre los ataques abiertos de los defensores del capitalismo.

Las divergencias tácticas entre los representantes de las dos tendencias afectan también a los distintos métodos seguidos para justificar la inflación realizada por el capital monopolista.

Los representantes de la "economía regulada" suelen defender las medidas inflacionistas y elogian el aumento de los gastos públicos como un factor que, según ellos, contribuye a sanear la economía.

Por su parte, los voceros de la "libre iniciativa" se

manifiestan contra la inflación. Pero sus prédicas antiinflacionistas contienen mucha demagogia, por cuanto apoyan abiertamente la militarización, que, en la época en que vivimos, es la causa principal del incremento de los gastos públicos y de los procesos inflacionistas. Los adictos de la "economía regulada" hacen gala de una gran flexibilidad y destreza para engañar a los trabajadores e influir ideológicamente sobre ellos. A menudo se enmascaran como defensores de los sindicatos y de las reformas sociales, pronunciándose por el aumento de las obras públicas y por la eliminación del paro.

A diferencia de ello, los propagandistas de la "libre iniciativa" obran con más cautela. Muchos de ellos propugnan abiertamente la rebaja del salario real y pretenden presentar su alza como fuente de todas las dificultades por que atraviesa el capitalismo. Nada tiene de extraño que las teorías económicas de la "libre iniciativa" resulten menos eficaces como medio de influir en las masas que las teorías de la "economía regulada".

Muchos economistas burgueses ocupan una posición intermedia entre las dos corrientes citadas. Tratan de combinar la regulación de la economía por el Estado con una mayor libertad para las empresas y con la renuncia al empleo de las formas rígidas de la "libre empresa" y de la "iniciativa privada"; los ideólogos de este grupo encomiendan al Estado la misión de mantener un alto nivel de actividad económica y de prevenir la crisis económica de superproducción y la inflación destructora.

Capítulo 3

La defensa del "capitalismo regulado" (el keynesismo)

El ejemplo más representativo de la evolución de la economía política burguesa en el período de la crisis general del capitalismo nos lo ofrecen las teorías del economista inglés John M. Keynes (1884-1946).

Keynes alcanzó celebridad al publicarse, en 1919, su libro *The economic consequences of the peace,*[1] en el que formuló numerosos comentarios acertados respecto al Tratado de Versalles. A esta obra y a la crítica que en ella se contiene aludió Lenin en su informe ante el II Congreso de la Internacional Comunista. Pero, a la vez, Lenin hizo constar la "inflexible decisión de defender el capitalismo" y "el odio al bolchevismo" que distinguían a Keynes.[2] Keynes —escribía Lenin— es "un burgués empedernido, un enemigo implacable del bolchevismo al que, como filisteo inglés, se imagina en su forma más monstruosa, más frenética y feroz".[3]

[1] Keynes acompañó en calidad de experto a la delegación británica en la Conferencia de la Paz de Versalles, pero, por discrepancias con otros miembros de la delegación, abandonó la Conferencia y publicó la obra mencionada.

[2] V. I. Lenin, *II Congreso de la Internacional Comunista. Obras.* t. 31, pág. 199.

[3] Ibídem, pág. 195.

En las décadas del veinte y del treinta, Keynes publicó una serie de obras de tipo económico, pero su mayor celebridad se la debe a su trabajo capital *Teoría general del empleo, del interés y del dinero* (1936), al que se ha dado en llamar la "biblia del keynesismo".

En un ambiente de enorme desocupación y de profundas crisis económicas, Keynes se vio forzado a introducir ciertas enmiendas en las teorías tradicionales de la economía burguesa. Habitualmente, los economistas burgueses partían del supuesto de que con el denominado equilibrio económico era posible la plena utilización de todos los recursos industriales y la eliminación del paro forzoso. Habían llegado a hacer de la limitación de los recursos productivos (y en primer término de las reservas de mano de obra) un principio determinante de la teoría económica. A ésta le asignaban tan sólo la determinación de las condiciones óptimas para emplear los recursos de producción disponibles. También Keynes arrancaba de la teoría metafísica del equilibrio, pero viose obligado a reconocer que el equilibrio económico no descarta el paro, que no cabía tomar como punto de partida la plena utilización de todos los recursos productivos y afirmar que la misión de la teoría se reducía a esclarecer las condiciones que determina el volumen general del empleo, o sea de la utilización de estos recursos. Keynes hubo de confesar asimismo que la demanda global no siempre coincide con la oferta global de mercancías y que la insuficiencia de demanda representa un hecho real.

Los economistas burgueses, que crearon un verdadero culto a Keynes, le atribuyen como máximo mérito el haber roto con la teoría de la realización de Say, que predominaba anteriormente en la literatura burguesa y que negaba la posibilidad de una superproducción de

mercancías. No cabe atribuir ningún mérito a Keynes en este sentido, si recordamos que ya Marx, en el primer tomo de *El Capital* y en sus *Teorías de la plusvalía,* es decir, setenta años antes de que apareciese *Teoría general del empleo, del interés y del dinero,* demostró sin lugar a dudas la total inconsistencia de la teoría del equilibrio metafísico entre el total de las compras y de las ventas. La actitud de Keynes a este respecto tiene interés tan sólo en un sentido: en el de demostrar que la defensa de la teoría de la realización de Say se hacía imposible para los economistas burgueses, ya que era sencillamente violento negar hechos tan palpables y tan evidentes como la superproducción de mercancías que se observa durante las crisis.

Forzado a reconocer que el paro masivo y las crisis económicas no constituían fenómenos fortuitos, Keynes pretendió responder a la pregunta más común: ¿Cómo se determina el volumen general del empleo? En esencia, esta cuestión afectaba a la reproducción ampliada del capital social, a los factores que limitaban las posibilidades de aumento de la producción social y del volumen general del empleo. El gran prestigio que adquirió Keynes entre los economistas burgueses se explica, en cierto modo, por el planteamiento de este problema.

A primera vista parece que el modo como enfoca el problema de las condiciones que determinan el volumen general del empleo puede considerarse como un cierto síntoma positivo. Pero el quid de la cuestión reside en que Keynes, desde el comienzo mismo, plantea las cosas de manera desacertada. La esencia del asunto consiste, para él, en cómo evitar el paro masivo y las crisis económicas manteniendo el régimen capitalista.

De acuerdo con la teoría de Keynes, el nivel del empleo lo determinan tres factores: 1) la tendencia al

consumo; 2) la eficacia máxima de las inversiones de capital, lo que significa, para él, la rentabilidad del capital; 3) la cuota de interés.

Keynes trata todos estos tres factores erróneamente, inspirándose en su punto de vista metafísico e idealista.

Examina la tendencia al consumo sin vínculo alguno con las relaciones de producción de la sociedad burguesa. Su "ley psicológica fundamental" afirma que los hombres tienden a aumentar su consumo a medida que crecen sus ingresos, mas nunca en la medida en que éstos crecen. En la propia característica de esta ley observamos una falta de toda relación de ella con las peculiaridades del modo de producción capitalista. A juicio de Keynes, esta tesis puede servir de ley psicológica fundamental para todas las sociedades modernas. Es natural que, siguiendo por tal camino, el autor llegase a la conclusión de que el déficit de la demanda constituía una tendencia perenne, característica en todas las sociedades.

La falla principal de la teoría de Keynes sobre la "tendencia al consumo" radica en que silencia la índole clasista del consumo en la sociedad burguesa y establece una sola ley de consumo para todas las clases, olvidando que el consumo de los obreros es de naturaleza muy distinta al de los capitalistas.

El consumo de los últimos se determina por el volumen de la plusvalía, que les garantiza un aumento del lujo con un ascenso simultáneo de la acumulación del capital. La existencia de enormes masas de plusvalía en manos de los capitalistas crea las premisas para realizar la "tendencia al ahorro". En cambio, el consumo de los obreros está supeditado a la ley del valor de la fuerza de trabajo. a la ley del empobrecimiento absoluto y relativo de la clase obrera.

Keynes procura encubrir el carácter clasista del con-

sumo, mas, sin embargo, su teoría de la "tendencia al consumo" denota determinados propósitos de clase. Se manifiesta de palabra por el aumento del consumo individual, pero en la realidad no es partidario del incremento de cualquier consumo individual; por lo menos, no lo es del incremento del consumo de la clase obrera. El sistema de medidas que recomienda, y que contribuyen a la inflación, no está llamado a elevar el poder adquisitivo de los trabajadores. El sentido de sus propuestas se reduce a estimular el consumo dilapidador de las clases dominantes. No es casual que Keynes considerase oportuno realzar la figura de un ideólogo reaccionario del consumo parasitario como era Malthus.

Keynes estimaba necesario alentar todos los tipos de consumo aunque fuesen los más despilfarradores y paradójicos. Veía una gran ventaja del Egipto antiguo en una actividad tan "productiva" como... la construcción de las pirámides.

En las circunstancias creadas por el imperialismo, el aspecto principal del consumo improductivo son los gastos militares. La apología de un consumo despilfarrador, en tales condiciones, es aprovechada para justificar y ensalzar la guerra y la militarización de la economía.

En la "teoría general del empleo" de Keynes ocupa el puesto central la tesis del papel decisivo de las inversiones para determinar el volumen general del empleo. Para lograr una ocupación completa, las inversiones deben alcanzar un nivel que compense la insuficiencia de la demanda, suscitada por la "ley psicológica" a que aludimos más arriba.

El principal fallo de la teoría de Keynes sobre las inversiones estriba en ignorar que el aumento del consumo productivo, aun creando premisas para aumentar

la producción de objetos de consumo, se apoya, inevitablemente, en una reducida base consumidora, cuya estrechez es producto de las relaciones antagónicas de distribución imperantes en la sociedad burguesa. Keynes silencia que el incremento de las inversiones da lugar a una agravación de las contradicciones entre la producción y el consumo.

La teoría de Keynes sobre los factores segundo y tercero que determinan las proporciones generales del empleo es tan falsa como la teoría de la tendencia al consumo, que él considera como primer factor. Su doctrina está erigida sobre un enfoque totalmente incorrecto de las fuentes de la ganancia y del interés.

Ateniéndose al método idealista, Keynes pone límites al aumento de las inversiones en función de un factor psicológico: la tendencia de los patronos a la inversión. El autor parte del supuesto de que el patrono amplía sus inversiones hasta que la máxima eficacia del capital (que corresponde aproximadamente a la cuota de ganancia) desciende hasta el nivel del tipo de interés. Este supuesto es inconsistente y tiene como base una serie de premisas erróneas. Arranca, en primer término, de la tesis de que el empresario emplea exclusivamente capital de préstamo. En la práctica, la misma posibilidad de utilizar capital de préstamo depende de la existencia de capital propio. De ahí que el tipo de interés tenga un significado secundario para el capitalista. En segundo lugar, esta tesis se inspira en la célebre ley de la productividad decreciente, según la cual la "productividad" o eficacia del capital desciende conforme el capital aumenta. Y, por último, la tesis en cuestión se basa en la total ignorancia de los monopolios capitalistas. Estos perciben ganancias monopolistas, muy de los monopolios capitalistas. En realidad, el volumen de las in-

versiones se determina por las circunstancias generales de la reproducción del capital social. Por ejemplo, en épocas de depresión, el tipo de interés del capital de préstamo se encuentra a un nivel bajo, no obstante lo cual el volumen de las inversiones es sumamente reducido en virtud de los bajos precios de las mercancías y de las adversas condiciones de su venta.

La "teoría general del empleo" se sustenta sobre una idea totalmente falsa respecto de los factores que determinan tanto la cuota de ganancia (la llamada eficacia máxima del capital) como la cuota de interés.

Keynes no se dedica especialmente a estudiar el problema de las fuentes de la ganancia. En lo que a esto se refiere, repite los conceptos más vulgares. La causa de que el capital reporte ingresos superiores a los gastos de su reposición es, a juicio de Keynes, fruto de la escasez de capital. Conforme crece éste, decrece su eficacia o rentabilidad. El economista británico llega a la desconcertante conclusión de que la "máxima eficacia" del capital puede ser anulada en el transcurso de una generación en una sociedad dotada de técnica moderna y en virtud de una ingente acumulación de capital.

El problema del interés ocupa un lugar muy visible en la teoría económica de Keynes. Según él, el nivel del interés depende de dos factores: de la "preferencia del dinero líquido" y de la cantidad de dinero circulante. El interés cambia en razón directa del "grado de preferencia del dinero líquido" y en razón inversa a la cantidad de dinero en circulación.

Lo característico de esta teoría es la total separación que establece entre el interés y la ganancia, el enfoque de la dinámica de los préstamos al margen del proceso de la reproducción capitalista, sin relación alguna con el movimiento del capital productivo. No en vano, el in-

de interés se establece a un nivel tan alto que dificulta el desenvolvimiento de las inversiones en volumen satisfactorio. Por todo ello, concluye Keynes, la óptima combinación de los efectos de los tres factores psicológicos sólo puede alcanzarse mediante la regulación económica impuesta por el Estado. Al conceder el papel principal al Estado burgués, Keynes aboga por que éste influya sobre los tres factores psicológicos: la tendencia al consumo, la máxima eficacia de las inversiones de capital y la cuota de interés.

Respecto a la tendencia al consumo, el autor pone el acento principal sobre el estímulo del consumo despilfarrador. También dedica especial atención al problema de regular la cuota de interés; mantener esta cuota a un nivel bajo es, para él, una de las condiciones esenciales de una intensa actividad económica. Keynes ve en el crédito monetario uno de los máximos resortes de la acumulación capitalista. Basándose en su teoría del interés, deduce que las instituciones de crédito, al regular la cantidad de dinero, disponen de un mecanismo importantísimo para influir sobre la cuota de interés.

Pero el economista inglés consagra una atención especialísima a las medidas tendientes a lograr la máxima eficacia de las inversiones de capital, pide que se le proporcionen las condiciones más favorables, para lo cual considera necesario: primero, rebajar el salario real; segundo, conceder a los capitalistas créditos a interés reducido, y tercero, financiar generosamente a los empresarios a expensas del presupuesto de la nación. Todas estas medidas tienden a aprovechar el actual Estado burgués para garantizar pingües ganancias a los monopolistas.

En opinión de Keynes, el Estado burgués se manifiesta como una fuerza capaz de determinar el volumen de

la producción social, de las inversiones de capitales, de la demanda social, de la cuota de ganancia y de la cuota de interés. En realidad, el Estado burgués no puede cumplir tales funciones. Puede regular ciertos procesos particulares, por ejemplo, los relacionados con la militarización de la economía nacional, pero es incapaz de dirigirla en su conjunto. No está en condiciones de eliminar la anarquía de la producción originada por la contradicción fundamental del sistema capitalista. Tampoco puede eliminar el antagonismo entre la tendencia de la producción capitalista al crecimiento ilimitado y la reducida demanda solvente de las masas trabajadoras. La propiedad privada de los medios de producción hace imposible la tarea de planificar toda la economía nacional bajo el capitalismo.

Keynes, típico apologista del capitalismo, silencia conscientemente la naturaleza clasista del Estado burgués. Encubre el hecho evidente de que el Estado imperialista de nuestros días es, en lo fundamental, un órgano de los monopolios capitalistas. La aplicación práctica de las propuestas de Keynes de acentuar el control del Estado sobre la economía sólo puede dar un resultado: la agravación del yugo de la oligarquía financiera mediante la utilización de los recursos del presupuesto nacional.

Las opiniones de Keynes sobre la politica económica nos ofrecen una brillante ilustración de sus conceptos clasistas como ideólogo del capital monopolista. Su teoría trata de justificar todo acto tendiente a implantar el capitalismo monopolista de Estado.

Capítulo 4

Las teorías pequeñoburguesas

La falsa idea del papel decisivo del Estado en la economía capitalista se ha extendido mucho en las publicaciones burguesas de nuestros días. La propagan no sólo los ideólogos del capital monopolista, sino los de la burguesía pequeña y media. Es completamente natural que entre estos últimos la idea del papel decisivo del Estado en la economía adquiera una forma específica: quieren que el Estado cargue con la misión de combatir al capital monopolista y de eliminar su dominación.

Lo más característico de las teorías económicas pequeñoburguesas en la época del imperialismo es que van dirigidas contra la dominación de los monopolios capitalistas, amenaza principal para las empresas autónomas pequeñas y medianas.

En las obras de los autores pequeñoburgueses está recopilado un abundante material demostrativo de que el capital monopolista se ha convertido en un obstáculo para el ulterior desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas. Contienen numerosos hechos importantes y llenos de interés que confirman la actividad de los cárteles, sindicatos y trusts. Los economistas burgueses también mencionan el hecho de que la regulación de la economía por el Estado en las condiciones de hoy se lleva a cabo en interés de los monopolios capitalistas.

Hay en la literatura económica pequeñoburguesa una crítica de diversas manifestaciones del capitalismo monopolista de Estado, como, por ejemplo, la preferencia que el gobierno concede a los grandes monopolios en sus pedidos y la fijación de las peores condiciones para el abastecimiento de materiales deficitarios a las empresas pequeñas y medianas, así como una censura de la política tributaria. Pero los economistas adscritos a esta tendencia critican a los monopolios desde puntos de vista utópicos, reaccionarios y filisteos. Sueñan con la vuelta al capitalismo de libre competencia. Al negar la inevitabilidad histórica de los monopolios, se inclinan a considerarlos un producto engendrado por la mala política del gobierno.

Esta mezquindad pequeñoburguesa impide que los ideólogos de la burguesía no monopolista interpreten acertadamente las tendencias fundamentales del desarrollo capitalista y, en particular, las del capitalismo monopolista de Estado. Cautivos de las ilusiones pequeñoburguesas, los economistas de esta corriente cifran sus esperanzas en que el actual Estado burgués dé la batalla a la arbitrariedad de los monopolios. Son ellos quienes difunden la utópica versión de que una "justa" política económica —y por ella entienden una política de estímulo de las empresas pequeñas y medianas— estaría en condiciones de restaurar el "mercado libre", es decir, la libre competencia. Y hacen concebir la esperanza, tan característica de los elementos pequeñoburgueses, de que será posible "convencer" al actual Estado para que modifique en una u otra medida su actitud respecto a los monopolios.

Los representantes de este grupo son los herederos directos y los continuadores de la economía política pequeñoburguesa del siglo XIX. Critican la concentración de

la producción y del capital y preconizan una ayuda de todo género para las empresas pequeñas y medianas. Si nos atenemos a la sucesión histórica, podemos catalogar a este grupo como un núcleo de economistas pequeñoburgueses.

Sin embargo, las teorías económicas pequeñoburguesas del siglo xx presentan toda una serie de peculiaridades específicas que las distinguen de las doctrinas defendidas en su tiempo por Sismondi y Proudhon.

La primera de ellas consiste en que se ha ensanchado su base clasista. En las circunstancias creadas por la crisis general del capitalismo, las teorías económicas pequeñoburguesas no expresan únicamente los intereses de los capitalistas pequeños, sino los de los medianos e incluso de algunos de los grandes capitalistas que no forman parte de las asociaciones monopolistas, o sea de la burguesía no monopolizada.

La segunda radica en que lo característico de las teorías económicas pequeñoburguesas del siglo xx es la tendencia antimonopolista, no la anticapitalista de que hicieron gala Proudhon y Sismondi. Los economistas pequeñoburgueses no se manifiestan ya contra el capitalismo en general. Lejos de ello, lo que hacen es idealizar el capitalismo de la libre competencia, difundiendo la utopía reaccionaria y filistea de que se puede retornar a él mediante una política económica adecuada. Parafraseando a Lenin, podríamos decir que estos economistas hacen la propaganda de "un capitalismo pulcro, discreto, moderado y correcto".[1]

[1] *V. I. Lenin, Cuadernos sobre el Imperialismo*, 1939, pág. 83.

Capítulo 5

La tendencia neoliberal

Mientras los economistas pequeñoburgueses difunden la ilusión de un posible empleo del Estado imperialista para combatir la arbitrariedad de los monopolios, muchos economistas burgueses pretenden especular conscientemente con estas ilusiones para encubrir medidas cuyo fin es el de favorecer al capital monopolista. Tal actitud es muy característica de la llamada tendencia neoliberal.

Formada en los años treinta, la corriente en cuestión es una de las más influyentes en la actual literatura económica burguesa. Al neoliberalismo se han adherido los representantes de la denominada escuela londinense en Inglaterra y la mayoría de los partidarios de la "libre iniciativa" en los Estados Unidos, así como numerosos economistas burgueses de Francia.

Los neoliberales se dedican a ensalzar la competencia capitalista, aseverando que el mecanismo de esta última garantiza automáticamente las mejores condiciones para la evolución de las fuerzas productivas. Algunos neoliberales se atienen también a la teoría de la realización de Say, tan estrepitosamente fracasada.

Pero por más que pretendan los neoliberales mantenerse en sus viejas posiciones, se ven obligados a introducir enmiendas sustanciales en sus conceptos teó-

ricos. Las teorías tradicionales burguesas, de las que se alimentan los neoliberales, guardan relación con determinadas conclusiones en lo relativo a la política económica. El elogio del libre juego espontáneo de la oferta y la demanda está indisolublemente vinculado a la defensa de la no intervención del Estado en la economía. Pero estas conclusiones no corresponden a la actual situación económica ni a los intereses de los grupos rectores de la burguesía. Haciéndose cargo del cambio operado en la situación, los neoliberales tratan de encontrar nuevos argumentos teóricos para justificar la creciente intervención estatal de los problemas económicos.

Una importantísima peculiaridad del neoliberalismo es que combina la exaltación de la libre competencia y de la restauración automática del equilibrio con el reconocimiento de la necesidad de la intromisión del Estado en la economía. Los neoliberales gastan mucha saliva en hablar del peligro que representa una rígida regulación de la economía. Formalmente combaten el "capitalismo regulado" y hacen hincapié en el riesgo que representa para la economía un presupuesto deficitario y un empleo demasiado amplio de las finanzas del Estado.

Mas, al mismo tiempo, y a diferencia de los ideólogos del viejo liberalismo, los neoliberales afirman que la acción del mecanismo de la libre competencia no puede ser garantizada por vía automática y que debe ser apoyada constantemente por ciertas medidas gubernamentales. La intervención del Estado en la economía no se considera ya, desde este punto de vista, como un mal inevitable, sino como una premisa necesaria para el normal funcionamiento de la economía capitalista.

A fin de justificar la intervención del Estado en la economía, los neoliberales recurren a una profusa demagogia antimonopolista aunque, en la práctica, son defen-

sores de los intereses del capital monopolista. Pero, a la vez, encubren celosamente su adhesión a él y proclaman como misión máxima de la economía política la lucha contra las tendencias monopolistas. La argumentación del neoliberalismo se estructura del siguiente modo: la libre competencia es el estado ideal de la economía, pero no siempre puede ponerse en vigor, porque los monopolios la contrarrestan. Esta reacción puede ser superada —concluyen los neoliberales— y la libre competencia puede ser restablecida tan sólo aplicando una serie de medidas de política económica. Así es como los neoliberales, encubriéndose con la bandera de la lucha contra los monopolios, justifican numerosas medidas relacionadas con el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. Lo peculiar de esta argumentación reside en que la defensa de la intervención del Estado en la economía se presenta como una lucha por la libre competencia.

Es de notar que los neoliberales, en su aparente crítica de los monopolios, emplean una argumentación que ha tenido gran predicamento entre los economistas burgueses. Son tan frecuentes los ataques contra las arbitrariedades de los monopolios en las obras de los neoliberales, que a primera vista parecen coincidir con los críticos pequeñoburgueses. Pero se trata únicamente de una apariencia que encubre la verdadera realidad de las cosas.

Los neoliberales "critican" a los monopolios para enmascarar sus fines. Esta circunstancia se manifiesta con particular relieve cuando se trata de aplicar medidas prácticas para combatir a los monopolios. Entonces resulta que los neoliberales rechazan hasta los actos más moderados y tímidos en esta dirección. Por ejemplo, Euken se manifiesta contra la disolución de los cártels.

Es partidario de la máxima reducción del denominado control de los monopolios y su actitud respecto a la legislación antitrust es negativa sobremanera. Virtualmente se declara enemigo de toda restricción impuesta a las organizaciones monopolistas.

Al preparar el mito de que es posible eliminar la influencia de los monopolios con medidas de la política económica, los neoliberales intentan, de un lado, refutar un hecho tan real e indiscutible como es la dominación de los monopolios en las circunstancias actuales, y de otro, dotar de una base teórica a la intervención práctica del Estado en la economía, que tan grandes proporciones ha tomado.

La teoría de los neoliberales se basa, aunque en forma enmascarada, en la idea del papel decisivo del Estado en la economía.

Capítulo 6

Las teorías económicas fascistas

Las teorías fascistas son las más reaccionarias. Los ideólogos del fascismo alemán se esforzaban por justificar los actos de la dictadura de los círculos militares monopolistas de la burguesía. Fueron ellos quienes dieron al capitalismo monopolista de Estado de su país el título de nacionalsocialismo. Encontraban rasgos de "socialismo" en el control de la economía por parte del Estado fascista y también en la "autorregulación" de las empresas capitalistas por medio de los cárteles. El control del Estado sobre las empresas privadas implicaba la concesión de subsidios a los supermonopolios, en primer lugar a los ocupados en la producción de armamentos, con cargo al erario público, la sindicación obligatoria, la negación de créditos a las empresas pequeñas y medianas, y la ofensiva contra el nivel de vida y los derechos de los trabajadores.

Conviene señalar que, para justificar teóricamente esta política, se valieron de las teorías de Keynes, cuyos trabajos fueron traducidos al alemán. Pero los ideólogos, y ante todo los economistas burgueses alemanes, propagaban otros conceptos llamados a justificar la política agresiva del imperialismo alemán y a engañar a los trabajadores.

Los ideólogos fascistas lanzaron la consigna de li-

berar a los pequeños propietarios de la "esclavitud del interés". Trataban de demostrar que la calamitosa situación de los pequeños productores no se podía achacar al capitalismo como tal, sino a los prestamistas, que no tenían relación alguna con el capital financiero.

So pretexto de combatir la "esclavitud del interés" se dictaron en Alemania leyes que colocaban a los pequeños empresarios en un estado de dependencia total respecto de los monopolios. Una de ellas fue la ley de la "organización de los oficios", de acuerdo con la cual al frente de cada gremio se ponía un jefe fascista; y otra, la ley instituyendo los "cártels de producción".

Los ideólogos del fascismo alemán hicieron los más desesperados esfuerzos para justificar la política exterior agresiva, propagando, al efecto, la teoría del "espacio vital", el racismo y la geopolítica. Esta última quería explicar los afanes agresivos de los Estados imperialistas invocando factores geográficos "naturales". Entre estos factores figuran la posición geográfica del país y sus fronteras, la densidad y el crecimiento de la población, los recursos naturales, las vías de comunicación fluviales y marítimas, el clima, etc. Los geopolíticos también hablan de la superpoblación de la Tierra, de la necesidad de un "espacio vital", y predican el "culto a la fuerza" en las relaciones internacionales. Bajo la influencia de la "presión demográfica", los países "superpoblados" se lanzan a la política de conquista.

Las divagaciones de los teóricos fascistas de la "población excesiva" como causa de las guerras son refutadas ante todo por los hechos. Alemania no es, ni mucho menos, el país de mayor densidad demográfica. En 1939 tenía 147 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que en Holanda había 317, en Bélgica 285 y en Puerto Rico 248.

De ser ciertos los infundios de los teóricos fascistas, estos tres últimos países debieran ser los más agresivos, ya que la "presión demográfica" dentro de ellos es la mayor. Pero, en realidad, no fueron estos países, sino la Alemania fascista la que actuó como agresora. La densidad de la población de los Estados Unidos alcanzaba en 1951 tan sólo a 20 personas por kilómetro cuadrado; sin embargo, son, en primer término, los círculos reaccionarios de los Estados Unidos los que ahora mantienen la acelerada carrera de armamentos.

En realidad, la causa de las guerras imperialistas radica en las relaciones de producción capitalistas, en el dominio de los monopolios. El ansia de obtener mayores beneficios incita a los imperialistas a desencadenar guerras y a conquistar el dominio del mundo. La militarización y las guerras constituyen una de las fuentes que garantizan las ganancias de monopolio. La lucha por la redistribución del mundo: he ahí el objetivo de los Estados imperialistas que desencadenaron la primera y la segunda guerras mundiales. Actualmente, gracias al robustecimiento del sistema mundial socialista, a la creación de nuevos Estados soberanos en las antiguas colonias y al desarrollo del movimiento de partidarios de la paz, se ha hecho posible evitar las guerras imperialistas.

Los ideólogos fascistas se dedicaron a propagar intensamente las teorías raciales. Proclamaban la superioridad de la raza aria sobre todas las restantes naciones y razas. Con ello pretendían "justificar" los planes de los imperialistas alemanes tendientes a implantar su dominio mundial. Por medio de las teorías racistas pretendían ocultar el feroz genocidio practicado por los fascistas.

Las divagaciones acerca de las razas "superiores"

e "inferiores" son pura superchería. Los datos antropológicos e históricos han refutado el mito de la "inferioridad" de determinadas razas y naciones. Razas a las que los fascistas consideraban como "las más inferiores" estuvieron al frente de la cultura y de la civilización mundiales durante ciertos períodos de la historia. El atraso de algunos pueblos en el sentido económico y cultural no obedece a peculiaridades nacionales, sino a la índole de sus relaciones sociales y de producción. El yugo del capital financiero de los países imperialistas es el que provoca el atraso de los pueblos coloniales y dependientes. La experiencia de la Unión Soviética y de otros países, donde existe el régimen de democracia popular, demuestra que los pueblos, al liberarse de las cadenas del imperialismo, avanzan rápidamente, venciendo el atraso económico y cultural.

La victoria del pueblo soviético en la Gran Guerra Patria y la derrota del fascismo alemán representaron una refutación absoluta de los infundios fascistas sobre la "inferioridad" de los esclavos y la "superioridad" de la raza aria.

LAS TEORIAS ECONOMICAS REVISIONISTAS

La mayoría de los líderes de los partidos socialdemócratas, plegados a las posiciones del revisionismo, se pasaron abiertamente al campo de su burguesía. Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, todos ellos actuaron no sólo en contra del marxismo-leninismo, sino contra el Estado soviético, propagando toda clase de patrañas acerca de un "capitalismo organizado" con el fin de que la clase obrera abandonase la lucha revolucionaria y se apartase del "camino soviético".

Distinguióse por su celo Carlos Kautsky, quien se dedicó a difamar la dictadura del proletariado establecida en Rusia y a ensalzar la democracia burguesa. En su libro *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Lenin puso al desnudo el servilismo del líder socialdemócrata, su traición a los intereses de la clase obrera. Posteriormente, en *La interpretación materialista de la historia*, Kautsky habló de la vitalidad del capitalismo, declarando que, por cuanto este régimen —según él— incrementaba el bienestar del pueblo, suavizaba las crisis y mitigaba sus antagonismos, el socialismo quedaba postergado hasta un futuro lejano.

En un prefacio para el tomo II de *El Capital*, Kautsky afirmaba que los cárteles habían dado ya como resultado la organización de la producción capitalista, aunque en la circulación se conservaban "síntomas de anarquía"

Para encauzar el desarrollo del orden vigente "hacia el socialismo", el jefe reformista proponía regular la

órbita de la circulación mediante la ingerencia del Estado. Substancialmente, Kautsky se manifestaba como un partidario del "capitalismo organizado".

Fue otro jefe del revisionismo, el socialdemócrata austríaco R. Hilferding, quien expuso con más detalle la teoría antimarxista del "capitalismo organizado". La defendió ante el Congreso del Partido Socialdemócrata alemán celebrado en Kiel en 1927. Según él, al evolucionar los monopolios bancarios e industriales queda eliminada la competencia, y esta circunstancia, unida a la creciente estatización de la economía, da al régimen capitalista un carácter organizado con arreglo a un plan. A juicio de Hilferding, el "capitalismo organizado" elimina la anarquía de la producción, suaviza las crisis, reduce el paro, mejora la situación de los obreros y acelera el desarrollo de las fuerzas productivas.

La teoría del "capitalismo organizado" encubre la contradicción fundamental del capitalismo y su agravación, provocada por el incremento de los monopolios. Según demostró Lenin, el capitalismo, en su fase imperialista, conduce a la socialización multilateral de la producción. "La producción se hace social, pero la apropiación sigue siendo privada. Los medios sociales de producción continúan siendo propiedad particular de unas cuantas personas".[1]

La propiedad privada de los medios de producción lleva aparejado el fraccionamiento de la misma entre propietarios aislados o grupos de propietarios, cosa que engendra irremisiblemente la competencia y la anarquía de la producción. Los vínculos sociales entre los productores capitalistas se manifiestan de manera espontánea en la forma de las leyes forzosas de la competencia.

[1] V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo Obras*, t. 27, páginas 321.

Como subsiste la propiedad privada capitalista, el fin de la producción sigue siendo el logro de ganancias.

La carrera en pos de la ganancia trae consigo la ampliación de la producción, aunque la demanda solvente por parte de la población sigue retrasada a causa de la miseria y el empobrecimiento de los trabajadores.

Quiere decirse que, como los monopolios no modifican la naturaleza del capitalismo, tampoco pueden eliminar sus rasgos característicos: empobrecimiento de los trabajadores, anarquía de la producción, crisis y paro.

El aumento de las propiedades del Estado tampoco altera la base del capitalismo, por cuanto el Estado burgués es un capitalista global. Sin embargo, Hilferding deja a un lado la índole clasista del Estado burgués, circunstancia tanto más imperdonable cuanto que la naturaleza del régimen burgués es la que determina que la propiedad estatal sea, bajo el capitalismo, una de las formas de la propiedad burguesa.

Una prueba fehaciente de la identidad de la propiedad privada capitalista y de la propiedad capitalista estatal nos la ofrece el tránsito de una de estas formas a la otra, dentro del marco del capitalismo. Por ejemplo, las empresas nacionalizadas de la industria metalúrgica inglesa fueron posteriormente desnacionalizadas, es decir, puestas de nuevo a disposición de las compañías particulares. Fenómenos análogos han tenido lugar en Austria. En los Estados Unidos, fábricas construidas por el gobierno durante la guerra fueron vendidas luego a los monopolios, a bajo precio y a plazos. En aquellos casos en que a los círculos monopolistas dirigentes les resulta beneficiosa la nacionalización de empresas con objeto de salvarlas de la quiebra, la llevan a cabo. Por el contrario, cuando los monopolios tienen interés en convertir en propiedad privada las empresas del Estado, éstas

Fundación Isidoro Acevedo
OVIEDO

terminan por pasar a manos de propietarios privados.

La ingerencia del Estado burgués en la economía, en interés de los monopolios, es presentada por Hilferding y otros revisionistas como una regulación de la economía que —dicen ellos— conduce a eliminar la anarquía de la producción y las crisis económicas.

En la realidad, el papel económico del Estado burgués sufre la limitación que le impone la propiedad privada de los medios de producción, puesto que la aplastante mayoría de las empresas no pertenece al Estado, sino a propietarios particulares. De ahí que el papel regulador del Estado no pueda rebasar los límites de sus propiedades; pero, además, ni siquiera en ellas es posible la planificación, pues las empresas gubernamentales están entrelazadas, en lo relativo a suministros y ventas, con las empresas privadas capitalistas, y dependen de ellas.

La teoría del "capitalismo organizado" se complementa con las divagaciones de Hilferding acerca de la transformación pacífica del capitalismo en socialismo. El autor de tal teoría considera que la democracia "política" y "económica" representa el medio fundamental para llevar a cabo dicha transformación. Según Hilferding, la esencia de la democracia "política" radica en la conquista de la mayoría parlamentaria por los socialdemócratas.

Los socialistas de derecha consideran el Parlamento un factor prefabricado del socialismo. Niegan la necesidad de destruir la máquina estatal burguesa y de crear un nuevo tipo de Estado; rechazan la revolución socialista, sin la cual es imposible edificar el socialismo, e incluso no estiman necesario llevar a cabo transformaciones sociales profundas.

Los revisionistas ven en la labor parlamentaria la

única forma de la lucha de clases; además, reducen su alcance a las campañas electorales. Hablando de la vía parlamentaria para llegar al socialismo, encubren su renuncia a la lucha de clases, a la revolución socialista y a la dictadura del proletariado.

La "democracia económica" de los revisionistas equivale a la administración de las empresas por dirigentes de los sindicatos. Hilferding aseguraba que las organizaciones gremiales podrían someter paulatinamente la producción a un "control democrático" e incluso promover de su seno a los dirigentes de las empresas. De acuerdo con este planteamiento, el líder revisionista declaraba que la dirección de las empresas no constituía ya un asunto particular de los patronos, sino una obra común. Con ello, en esencia, exhortaba a los obreros a colaborar con los capitalistas y a renunciar a la lucha de clases.

ECONOMIA BURGUESA

En virtud del debilitamiento de todo el sistema del imperialismo en su conjunto, después de la segunda guerra mundial se crearon condiciones revolucionarias para derrocar el poder de los capitalistas y terratenientes en numerosos países de Europa y Asia, cuyos pueblos emprendieron la construcción de la sociedad socialista.

Cambió en la palestra internacional la correlación de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo a favor de este último. Como consecuencia de la segunda guerra mundial y de las nuevas revoluciones socialistas, agravóse más aún la crisis general del capitalismo y comenzó su segunda etapa, cuyo principal rasgo distintivo ha sido la constitución de un sistema socialista mundial.

En la lucha contra las ideologías burguesa y reformista y en las nuevas circunstancias históricas, el marxismo-leninismo ha logrado una sucesión de victorias decisivas; se ha enriquecido con la síntesis de la experiencia y la fundamentación teórica de la construcción práctica del socialismo, de la agravación de la crisis del capitalismo mundial, del auge del movimiento nacional de liberación y de la desintegración del sistema colonial del imperialismo.

Pero los ideólogos burgueses no pueden admitir el derrumbamiento del capitalismo como algo inevitable; por eso tratan de buscar nuevas formas de justificación moral para dicho régimen social.

Durante la segunda etapa de la crisis general del

capitalismo se ha puesto de relieve con mayor claridad todavía la contraposición clasista entre la economía política burguesa y la economía marxista-leninista.

*

Al constituirse el sistema mundial del socialismo se ha recrudecido en el campo burgués la propaganda antimarxista y anticomunista.

Según confiesan los propios sociólogos burgueses, jamás se concedió a las obras de Marx tanta atención como en la época en que vivimos. Todavía en un pasado reciente, los ideólogos de la burguesía se limitaban a "desentenderse" del marxismo. Ahora se ven obligados —como dicen ellos mismos— a mantenerlo sometido a una crítica "inmanente".

Se observa, al mismo tiempo, una tendencia a acomodar el marxismo a la apología del capitalismo monopolista de Estado. Los sociólogos burgueses procuran velar las diferencias de clase entre la economía política burguesa y la marxista, hablando de la necesidad de combinar determinadas tesis de la doctrina de Marx con las teorías actuales de los economistas burgueses. Invocando algunas tesis del marxismo, pretenden demostrar que de la doctrina de Marx no se desprende la inevitabilidad de la revolución socialista ni la muerte del capitalismo.

Es un signo del tiempo el hecho innegable de que muchos ideólogos burgueses no se atreven a hacer ante las masas una defensa franca del capitalismo y de que intentan enmascarar su adhesión al sistema capitalista bajo una crítica verbal del mismo y manipulando con una fraseología socialista. Esto representa una confesión directa de la bancarrota del régimen capitalista, un re-

conocimiento de la fuerza invencible del socialismo. Un régimen moralmente en quiebra trata de hacerse pasar por su contrario —el socialismo—, y para ello recurre a las maniobras de sus ideólogos. Asimismo los sociólogos burgueses de nuestros días se esfuerzan por falsificar el concepto de socialismo, por privarle de su contenido realmente concreto. Niegan o intentan empequeñecer los triunfos del socialismo mundial. Todos sus afanes tienden a ocultar el contenido fundamental de la época contemporánea —el paso del capitalismo al socialismo—, a argumentar la posibilidad de que se conserve el capitalismo. Es precisamente sobre esta base sobre la que han surgido las múltiples teorías del "tercer camino", de los "sistemas híbridos", que reúnen las cualidades del capitalismo y del socialismo, de la "transformación del capitalismo", etcétera.

El rasgo característico de la crisis general del capitalismo en su segunda etapa es la desintegración del sistema colonial del imperialismo. El imperialismo batalla por impedir el desarrollo de este proceso, por mantener sus posiciones en los países subdesarrollados y por evitar su industrialización. Y los ideólogos burgueses tratan de demostrar la imposibilidad y la inutilidad de la industrialización de los países atrasados, la necesidad de exportar capitales a dichos países y la obligatoriedad del camino capitalista en su desarrollo.

Sobreviven las antiguas corrientes de la economía política burguesa: la de los partidarios del "capitalismo regulado" y la de los defensores de la "libre iniciativa". No obstante, y en virtud del incremento del capitalismo monopolista de Estado, ha cambiado la correlación entre las dos formas de la apología del capitalismo contemporáneo. La posición dominante de la teoría del "capitalismo regulado" se ha fortalecido. Numerosos partidarios

de la libre competencia se han pasado a las posiciones del "capitalismo regulado".

En esta segunda etapa de la crisis general del capitalismo, en los países burgueses, y muy particularmente en los Estados Unidos, se ha propagado la llamada teoría de la economía mixta. Según ella, la economía norteamericana se basa en la combinación de dos sectores, el privado y el estatal, siendo de notar que las empresas pertenecientes al Estado se presentan como establecimientos de tipo especial, diferentes de las empresas capitalistas. La teoría de la "economía mixta", que reproduce la caduca idea del "socialismo estatal", se sustenta sobre la errónea opinión de que el Estado burgués puede dirigir la economía. En realidad, la "economía mixta" no significa otra cosa que la economía del capitalismo monopolista de Estado.

La sedicente tendencia neoliberal va justificando cada vez más la intervención del Estado en la economía, en interés de los monopolios.

Los voceros de los círculos más agresivos de la burguesía imperialista no vacilan ni siquiera en justificar las guerras imperialistas. A este fin se valen de las teorías fascistas de la geopolítica y del racismo, y también del neomaltusianismo. Para "explicar" teóricamente la política de militarización de la economía, favorable a los más grandes monopolios, los ideólogos burgueses entonan loas a la economía de guerra como único remedio contra la crisis y el paro forzoso.

Durante la posguerra se ha recrudecido considerablemente, en los países capitalistas, la crítica pequeñoburguesa de los monopolios, que traduce los intereses de la pequeña burguesía, e incluso de la mediana, explotada por el capital monopolista. Los economistas pequeñoburgueses aducen numerosos datos demostrati-

vos de que los monopolios son una rémora para el progreso técnico, esquilman a la población con sus precios exagerados e inspiran las guerras imperialistas. En sus escritos, estos economistas hacen ver que la regulación de la economía por el Estado se lleva a cabo en beneficio de los monopolios.

Sin embargo, la crítica de los monopolios en las obras de los representantes de la economía pequeñoburguesa adolece de defectos esenciales. Estos economistas no se dan cuenta de que la concentración de la producción hace inevitable la aparición de los monopolios, y suponen que éstos nacen como resultado de la mala política del gobierno. Por tal razón reclaman un cambio de dicha política, como si un Estado que se ha fundido con el capital monopolista pudiera llevar a efecto una política antimonopolista.

El carácter reaccionario de la economía política pequeñoburguesa se manifiesta en su actitud negativa hacia el socialismo, en el que ve "el fin" de la democracia. Es frecuente que los economistas de este género repitan los infundios de los apologistas del imperialismo sobre los países socialistas; lo hacen para asustar a los gobiernos burgueses con la amenaza de una revolución socialista e inclinarlos a una política antimonopolista. El ideal de los portavoces contemporáneos de la burguesía pequeña y media es el capitalismo de la libre competencia, al cual desean retornar con ayuda de reformas puestas en práctica por el Estado burgués.

Capítulo 1

El keynesismo americano

La teoría de Keynes gozaba ya de gran favor durante la primera etapa de la crisis general del capitalismo, pero después de la segunda guerra mundial encontró un eco mucho mayor en la literatura económica burguesa. Poco a poco, los economistas americanos pasaron a ocupar el primer puesto en la propaganda de estas teorías.

Los trabajos de los profesores Hansen y Harris, de la Universidad de Harvard, contienen una detallada exposición de la versión americana del keynesismo.

Los keynesistas yanquis han asimilado las tesis básicas de su maestro: su explicación de los motivos del paro y de la crisis, su tesis sobre el papel decisivo de la regulación de la economía capitalista por el Estado y sobre el multiplicador. Pero el keynesismo estadounidense presenta una serie de rasgos distintivos determinados por las características específicas del capitalismo estatal-monopolista en los Estados Unidos, por la intensa militarización de la economía y por las tendencias agresivas de los imperialistas americanos. Los keynesistas de Norteamérica, y en particular Hansen, han ampliado las explicaciones de Keynes sobre los motivos de las crisis, agregándoles la teoría de la estagnación o estancamiento, según la cual en el momento en que co-

menzó la primera guerra mundial se había detenido el impetuoso desarrollo del capitalismo a causa del debilitamiento de sus factores motrices. Entre estos últimos figuran el amortiguamiento del ritmo de crecimiento de la población, la falta de territorios libres y la lentitud del progreso técnico. Hansen se esfuerza por demostrar que las causas de las dificutades económicas del capitalismo no radican en sus contradicciones internas, sino en el debilitamiento de los "impulsos externos". Los fenómenos señalados por Hansen, o sea la disminución del ritmo del aumento de la población y otros, tienen lugar, realmente, en la época del imperialismo y de la crisis general del capitalismo. Pero las causas de semejantes fenómenos se encuentran en la propia producción capitalista, y no fuera de ella. Los "impulsos externos" dependen de la economía capitalista, y no al contrario. Después de la segunda guerra mundial, la teoría de la estagnación comenzó a ser aprovechada para hacer ver lo inevitable de la ingerencia del Estado en la economía, de la concesión de grandes pedidos del Estado a los capitalistas y de la organización de construcciones estatales.

Se considera que el aumento de las inversiones de capital por el Estado y, en general, de los gastos gubernamentales son el medio principal de evitar las crisis económicas. Esa es la peculiaridad fundamental del keynesismo norteamericano. Hansen, como Keynes, estima que la misión de una economía capitalista regulada ha de consistir en ayudar a la iniciativa privada. Pero Hansen enfoca de otro modo la regulación de la economía. Mientras, según Keynes, el crédito y el control del Estado sobre las inversiones privadas debía estar en primer plano, Hansen desplaza el centro de gravedad a los gastos públicos, y disiente de Keynes en lo concerniente

a la influencia de la regulación de la cuota de interés sobre la economía, a la cual concedía el científico inglés un significado primordial.

Entre los keynesistas americanos se difundió muy especialmente la idea de "explotar" la coyuntura, de "inyectar" en la economía capitalista privada los recursos económicos del Estado, mediante enormes pedidos y compras. Los economistas americanos comparan los pedidos del Estado a las inyecciones de adrenalina en un organismo humano debilitado. Como el aumento de los gastos públicos requiere medios, los keynesistas americanos se lanzan a la búsqueda de los mismos. Proponen recurrir a un incremento de las tributaciones; aseguran que un impuesto del 25 al 30 por cien sobre el salario no constituye un exceso y que podría cobrarse bastante más. Y al mismo tiempo se empeñan en hacer creer a los trabajadores que al crecer el porcentaje de obreros ocupados crecerán también sus ingresos, gracias a lo cual la carga tributaria será más ligera.

Otros economistas burgueses sugieren que se aumente la deuda pública, por considerarlo el método principal de allegar fondos al presupuesto. En los Estados Unidos ha hecho aparición la llamada nueva filosofía de la deuda pública, cuyo sentido consiste en garantizar la posibilidad de aumentar ilimitadamente dicha deuda para cubrir el déficit presupuestario. Y aún otros proponen recurrir a una "inflación moderada", es decir, a la emisión adicional de papel moneda para cubrir los gastos públicos.

Todos los métodos de incrementar los gastos públicos propuestos por los keynesistas americanos tienden a justificar la política de su gobierno, que aumenta la carga de los impuestos sobre los trabajadores y emite nuevos empréstitos en interés de los monopolios.

A fin de encubrir la esencia de la política fiscal del gobierno americano y el enriquecimiento de los monopolios a costa del presupuesto nacional, los ideólogos burgueses especulan con lemas demagógicos y hablan de una supuesta "nivelación" de los ingresos de los pobres con los de los ricos gracias al presupuesto, de la "democratización de la deuda pública", etc. En realidad, la redistribución de la renta nacional por medio del presupuesto favorece a los monopolios: los recursos pecuniarios extraídos a los trabajadores en forma de contribuciones van a parar a manos de los monopolios al abonarles el importe de los medios de armamentos y pertrechos.

La doctrina de Keynes ha sido complementada con el principio de la aceleración. A los ojos de los ideólogos burgueses, la influencia del aumento de los ingresos (mediante la ampliación de la demanda) representa un acelerador de las inversiones. Los keynesistas americanos han confeccionado un esquema de crecimiento ininterrumpido de la economía, cuyo punto de partida son las inversiones del Estado. El concepto del "proceso de multiplicación" es la base de la moderna teoría burguesa de la reproducción.

En este esquema de inversiones, la renta nacional y su distribución se enfocan desde un punto de vista abstracto, desvinculado de la forma social. Pero, entre tanto, la acumulación del capital suscita inevitablemente un alza de su composición orgánica y, en consecuencia, un incremento del paro forzoso, acompañado del empeoramiento de la vida de la clase obrera y de la agravación de todas las contradicciones del capitalismo. Por eso, el aumento de las inversiones de capital, ya sean privadas, ya del Estado, no puede garantizar el progreso ininterrumpido de la economía capitalista.

Otra peculiaridad del keynesismo norteamericano es la exaltación desembozada de la economía de guerra.

Keynes justificaba el consumo improductivo y se hacía pasar por pacifista. Los economistas americanos consideran los gastos militares el mejor procedimiento de estabilización. En realidad, dichos gastos, aunque contribuyan temporalmente y de manera insignificante a la ampliación de la demanda, provocan una mayor agravación de las contradicciones del capitalismo y acentúan el empobrecimiento de las masas populares. La leyenda del "papel salvador" de la militarización tiende a justificar la carrera de armamentos y la preparación de una nueva guerra mundial por los imperialistas.

Los keynesistas americanos no se limitan a divagar acerca del problema de regular la producción en los Estados Unidos; lejos de ello, sustentan la idea de la necesidad de una "planificación en escala mundial".

En 1945 publicó Hansen su libro *El papel de América en la economía mundial,* donde insistía en la conveniencia de exportar capitales y mercancías de los Estados Unidos. El programa formulado por Hansen venía a representar una especie de anticipo del Plan Marshall. Harris consideraba este plan como un modelo de "planificación mundial", como un medio destinado a coordinar los esfuerzos de todos los países con vistas a conseguir la plena ocupación de la mano de obra.

Pero el objetivo principal del Plan Marshall fue combatir el movimiento comunista y preparar una nueva conflagración mundial. Además, los imperialistas norteamericanos querían valerse de él para tratar de evitar la crisis económica, esclavizar a los países capitalistas de Europa Occidental y aniquilar aquellas ramas de la producción de dichos países que competían con la industria norteamericana.

Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, los programas destinados a evitar las crisis fracasaron totalmente. En lugar de acabar con las crisis, éstas se hicieron más frecuentes en Norteamerica durante la década del cincuenta. Durante las décadas transcurridas, la economía estadounidense sufrió por cuatro veces las conmociones de las crisis. Como indica el programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, "el mito burgués del «empleo total» ha resultado una burla siniestra, y la clase obrera padece constantemente por un paro masivo y la incertidumbre del día de mañana".[1]

1 *Documentos del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, pág. 341.

Capítulo 2

Las teorías de la "transformación del capitalismo"

Estas teorías se han difundido bastante en la segunda etapa de la crisis general del capitalismo. La creación del sistema mundial del socialismo ha constituido un nuevo testimonio de la inevitabilidad del derrumbamiento del capitalismo y de su sustitución por el socialismo. Los ideólogos burgueses, deseosos de distraer la atención de los trabajadores de la lucha revolucionaria, hablan sin cesar de una "revolución capitalista", de un capitalismo nuevo al que, según ellos, pertenece el futuro.

Sociólogos y economistas burgueses aseguran que en el siglo XX tuvo lugar una "transformación del capitalismo" y que el régimen capitalista moderno se diferencia radicalmente del que estudiaron Smith y Marx.

El economista americano A. Burley, en su libro *La revolución capitalista del siglo* XX, sostiene la idea de que el capitalismo moderno es un capitalismo nuevo, corporativo. A su juicio, la producción, en las circunstancias creadas por el capitalismo corporativo, no es controlada por los capitalistas, sino por representantes del pueblo, por gerentes asalariados. Se ha elevado mucho la función del Estado, que, al decir del autor, planifica la economía nacional. Otro economista norteamericano, M.

Nadler, ha publicado un folleto, con título *El capitalismo popular,* del que se han vendido en Norteamérica millones de ejemplares. A la propaganda del "capitalismo popular" están dedicadas también las obras de los economistas americanos Kelso y Adler: *El manifiesto capitalista* y otras.

Para propagar en Inglaterra las ideas del "capitalismo popular" se ha fundado una organización: la Liga Económica. En la obra de difundir el "capitalismo popular" cumplen un papel destacado los laboristas. El ex ministro de Economía de Alemania Occidental, Erhard, ha escrito el libro *Prosperidad para todos,* en el que presenta a la República Federal Alemana como "el Estado del bienestar general".

Los ideólogos de la burguesía afirman que en las condiciones creadas por el capitalismo de nuestros días "tiene lugar una «dispersión» de la propiedad y una «democratización» del capital; desaparecen las clases y sus contradicciones, se «nivelan los ingresos» y se eliminan las crisis económicas".[2]

En realidad, las contradicciones y los antagonismos del mundo capitalista van en aumento, y la lucha de clases se agudiza.

El mito de la democratización del capital. Uno de los más prominentes propagandistas del "capitalismo popular", el millonario americano Johnston, asevera que los granjeros, los maestros industriales y los obreros de filas, decenas de millones de los cuales poseen pólizas de seguros, y cuyos ahorros en los bancos se hallan invertidos en empresas industriales, son capitalistas. El presidente de la Bolsa de Valores, Fenston, ha declarado que los propietarios son hombres, mujeres y niños

[2] *Documentos del XXII Congreso del Partido Comunista de Unión Soviética,* página 358.

de todas las regiones del país, de todas las profesiones y de todas las esferas de la vida, y por eso "los negocios americanos pertenecen al pueblo".

Ante todo, objetaremos que los economistas burgueses exageran demasiado el número de accionistas, sobre todo entre la población trabajadora. En 1959, los poseedores de acciones ordinarias en Inglaterra no pasaban del 4 por cien de la población adulta; en la República Federal de Alemania, no rebasaban el uno por ciento, y en los Estados Unidos ascendían al 7,9 por cien. Sin embargo, estos datos oficiales son exagerados. Según los cálculos del sociólogo americano Milles, tan sólo el 1,4 por cien de los obreros estadounidenses tienen acciones.

Los ideólogos burgueses silencian totalmente cómo se distribuyen las acciones, por su número y su valor, entre las distintas capas de la población. Estos señores cuentan como propietarios de acciones, en pie de igualdad, a los magnates del capital financiero y a los que sólo poseen una acción.

P. Milles, en su libro *La camarilla gobernante*, señala que del 0,2 al 0,333 por cien de los habitantes del país poseen la mayor parte de las acciones de todas las corporaciones, y que la idea de la "difusión de la propiedad" mediante la venta de acciones es una ilusión cultivada.

En las declaraciones programáticas del Partido Laborista, publicadas hacia 1955, también encontramos la confesión de que en Inglaterra las acciones pertenecen a los ricos, que la "participación en los beneficios" y otros "artilugios" no han modificado casi nada la composición de los accionistas: el uno por cien de éstos tienen concentradas en sus manos las dos terceras partes de todas las acciones.

Los predicadores del "capitalismo popular" afirman

que, al progresar las sociedades anónimas, la propiedad privada capitalista se convierte en propiedad colectiva.

Verdaderamente, las sociedades anónimas constituyen en nuestros días la forma principal de empresa en los países capitalistas. Mas ello no representa una "revolución de la propiedad". En la práctica tiene lugar tan sólo una modificación formal de la propiedad privada capitalista. Pero los obreros siguen privados de medios de producción y explotados por los capitalistas.

Lejos de impedir a los magnates del capital financiero apoderarse de las sociedades anónimas, la distribución de las acciones entre accionistas pequeños y medianos les facilita esta labor.

Por tanto, en lugar de una "colectivización del capital" y de una "ampliación de la esfera de los propietarios" se produce la centralización del capital en manos de un puñado insignificante de capitalistas.

Frecuentemente, los grandes monopolios recurren a la venta forzosa de acciones a los obreros ocupados en sus empresas. En los Estados Unidos, este sistema se practica en más de cien compañías, entre ellas en la General Electric y en la General Motors. Ello tiene como consecuencia un hecho concreto: las compañías se apropian sistemáticamente del 10 al 12 por cien del salario de los obreros. Se explica, pues, que los trabajadores protesten enérgicamente contra su conversión en "capitalistas". En 1955, el Sindicato de obreros de la industria del automóvil opuso resistencia a los intentos de los patrones de venderles acciones en lugar de subirles el salario.

Los pregoneros de la teoría del "capitalismo popular" consideran capitalistas a todos aquellos que tienen cartillas de ahorros, sea cual fuere la cuantía de sus imposiciones. Pero, según datos estadísticos americanos, del

26 al 29 por cien de las familias de Norteamérica carecen de toda clase de ahorros, y del 28 al 29 por cien poseen ahorros inferiores a 500 dólares. Por consiguiente, más de la mitad de las familias americanas o no tienen ahorros o los que poseen son insignificantes.

El constante crecimiento de las deudas de la población confirma la conclusión de que los trabajadores no tienen ahorros. El infundio de la "democratización del capital" persigue el propósito de velar la omnipotencia de los magnates del capital financiero, de hacer pasar la propiedad de los monopolios capitalistas como propiedad del pueblo, de ocultar el empleo del sistema de acciones por los monopolios para aumentar sus riquezas, establecer el control sobre las acciones pequeñas y medianas y esquilmar a los pequeños accionistas. Al presentar a los obreros como "copartícipes del capital", los ideólogos burgueses pretenden apartarles de la lucha revolucionaria.

El mito de la "revolución administrativa". Los propagandistas del "capitalismo popular" se empeñan en demostrar que, en las circunstancias de hoy día, "los capitalistas se ven privados del derecho a controlar la economía": las funciones de control —dicen— han pasado a manos de gerentes asalariados, a los que se quiere hacer pasar por "representantes del pueblo".

Los economistas burgueses especulan aquí con el hecho evidente de la separación de funciones entre el capital y el capital-propiedad, fenómeno al que ya aludió Carlos Marx. En las circunstancias creadas por el imperialismo, cuando la sociedad anónima se ha convertido en la forma principal de empresa, la disociación entre la propiedad del capital y el uso de éste ha asumido proporciones colosales.

Basándose en este fenómeno real, los economistas

burgueses tergiversan su sentido. Hablan de una ampliación del círculo de propietarios cuando lo que se verifica en realidad es la centralización del capital en manos de un puñado insignificante de capitalistas. Los gerentes y directores de las compañías son grandes capitalistas que perciben cientos de miles de dólares. Los profesores americanos Warner y Eubeglen, después de un estudio del personal administrativo de las corporaciones, llegaron a la conclusión de que, en sus dos terceras partes, son hijos de los propietarios, o altos empleados de las firmas, o individuos de profesiones liberales, mientras que los denominados dirigentes de los negocios de América constituyen un grupo de elegidos, que proceden, en su mayoría, de las altas esferas de la sociedad. Las disquisiciones acerca de la "revolución administrativa" tienden a respaldar la quimera de la "desaparición" de la propiedad privada y a producir la impresión de que los dueños de las grandes corporaciones han perdido el control de ellas y de que la ganancia ha dejado de ser el estímulo de las actividades de los monopolios. Pero la realidad capitalista se encarga de refutar plenamente tales especulaciones.

La farsa de la "nivelación de los ingresos". Todos los portavoces del "capitalismo popular" se esfuerzan por encubrir los efectos de la ley general de la acumulación capitalista, descubierta por Marx, a fin de poder hablar de una "paz de clases" en los países capitalistas. Los economistas burgueses niegan lo mismo el empobrecimiento absoluto de las masas trabajadoras que el empobrecimiento relativo, propagando la leyenda de la "nivelación de los ingresos" en la sociedad capitalista. De la nivelación de los ingresos de los pobres y de los ricos hablan E. Johnston, A. Hansen, A. Burley, J. Galbraith y otros.

Quien más celo pone en propagar la leyenda de la "revolución de los ingresos" es el economista americano Kuznets, que en 1953 escribió un libro titulado *La cuota de los grupos que poseen altos ingresos en la renta y en el ahorro,* afirmando que el peso específico de los grupos superiores, beneficiarios de altos ingresos, disminuyó desde el 25 por cien, en 1938, hasta el 18 por cien, en 1948. Según ha demostrado el economista progresista americano Perlo en su obra *La revolución en los ingresos,* Kuznets falsificó los datos estadísticos, disminuyendo los ingresos de los grandes propietarios y tomando como base los ingresos declarados, mientras que, según es notorio, una buena parte de ellos se oculta.

No puede haber "nivelación de ingresos" entre los ricos y los pobres bajo el capitalismo. El abismo que los separa se ahonda en lugar de reducirse. Es difícil ocultar el sorprendente contraste de los ingresos de los millonarios con los de los trabajadores: mientras aquéllos nadan literalmente en el lujo y despilfarran sumas fabulosas para satisfacer sus caprichos, el salario de los obreros no les basta para cubrir sus necesidades más elementales.

Como argumento supremo para demostrar la "nivelación de los ingresos" los idcólogos burgueses invocan los míseros aumentos de salarios que, efectivamente, tuvieron lugar en algunos países capitalistas durante los años de auge industrial. Pero silencian deliberadamente la enorme intensificación del trabajo, que hace que el desgaste físico de los obreros no sea compensado por el aumento de su retribución y que los trabajadores se conviertan en inválidos a una edad muy temprana. Los predicadores del capitalismo popular "olvidan" que al comenzar las crisis económicas se produce un descenso brusco de los salarios.

Las divagaciones acerca de la "nivelación de los ingresos" mediante los impuestos tienden a ocultar la expoliación de los trabajadores por medio de la creciente carga tributaria.

Los voceros del "capitalismo popular" no hablan de la situación de los desocupados, que, según datos oficiales, ascienden a cerca de cinco millones en los Estados Unidos, no contando los millones de obreros que no trabajan semana completa. Es sintomático que los ideólogos burgueses consideren un fenómeno corriente el "desempleo moderado". "No hay más que unos millones de obreros sin trabajo; es casi el mínimo", exclaman alborozados. Según se ve, el "capital popular" no puede prescindir del paro forzoso, acompañante inevitable del capitalismo.

Ante la evidencia de los hechos, los economistas burgueses se ven obligados a reconocer la miseria de las masas trabajadoras. "El crecimiento de la riqueza nacional no ha conducido, sin embargo, a la eliminación de la miseria", suele ser el final de las lucubraciones sobre la "nivelación de los ingresos".

Los ideólogos burgueses no piensan en serio en la decantada "nivelación". Valiéndose de la famosa fórmula trinitaria de Say, declaran que la distribución ha de ser "justa", es decir, debe corresponder "a la participación de cada factor en la producción". La mayor parte, según ellos, debe ser para los propietarios del capital. Por eso tratan de repudiar como "ilegítimas" las reivindicaciones de los obreros que reclaman subida de salario. E. Johnston declara que la "igualdad de ingresos" es una sugestiva consigna política, pero que su aplicación acarreará el agotamiento de las fuentes de todos los ingresos. Dicho de otro modo, los economistas burgueses quieren justificar la desigualdad de ingresos pretextando que, de no

ser así, desaparecerá el interés por ampliar la producción. Las contradicciones en sus razonamientos son comprensibles: necesitan lemas demagógicos para engañar a las masas, pero, al mismo tiempo, se ven obligados a explicar de algún modo la enorme diferencia entre los ingresos de las distintas clases sociales.

La fraseología del "capitalismo popular" tiene como objetivo presentar con colores amables el régimen capitalista, engañar a los trabajadores con consignas demagógicas y apartarlos de la lucha revolucionaria. Los obreros de los países capitalistas soportan sobre sus espaldas todo el peso del yugo del capital monopolista y, por supuesto, no creen en la leyenda de la "desaparición de la explotación". Así se ven obligados a confesarlo incluso algunos celosos defensores del capitalismo. El economista americano L. Mises, en su obra *El pensamiento anticapitalista,* escribe que hay en los Estados Unidos "muchas personas, particularmente intelectuales, que sienten fuerte repugnancia hacia el capitalismo, mirándolo como una forma horrible de organización de la sociedad, que sólo acarrea males y miserias".

Basándose en sus lucubraciones sobre la "democratización" del capital y sobre la "nivelación de los ingresos", los ideólogos burgueses llegan a la conclusión de que han desaparecido las clases y se ha instaurado la paz entre ellas.

Pero los hechos de la realidad capitalista desmienten semejantes aseveraciones. Durante la posguerra ha experimentado un fuerte ascenso el movimiento huelguístico. El primer lugar lo ocupan los Estados Unidos, donde, según las estadísticas, estallan anualmente de 3.500 a 5.000 huelgas en las que participan de un millón y medio a cuatro millones y medio de trabajadores. En realidad, el número de huelgas es mayor, ya que la es-

tadística no las registra todas. En otros países también se intensifica el movimiento huelguístico.

En su informe ante el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, N. S. Jruschov declaró:

"Los profetas burgueses anunciaron el comienzo de una era de «paz de clases». Aseguraban que los tiempos de los combates de clase habían pasado a la historia y que, en general, la teoría marxista había envejecido en nuestros días. La vida se ha burlado cruelmente de semejantes profecías."

La farsa de "un Estado de bienestar general". La teoría de la "transformación del capitalismo" sirve para enmascarar la esencia antipopular del capitalismo monopolista de Estado. Los pregoneros del "capitalismo popular" siembran la ilusión de que el Estado capitalista se enfrenta a los monopolios y es capaz de lograr la armonía social y el bienestar general (el economista americano Bolding lo afirma así en su libro *Principios de economía política,* aparecido en 1958). En realidad, el mecanismo estatal es un comité encargado de manejar los negocios de la burguesía monopolista, en cuyo interés opera. Así lo demuestran la composición de los gobiernos de los países imperialistas y su política, tanto interior como exterior.

Los ideólogos burgueses sostienen que el Estado capitalista, con un "control democrático", modifica la índole del capitalismo, elimina la miseria y evita las crisis económicas.

La unión personal de los dirigentes de las sociedades anónimas y los personajes públicos deshacen la patraña de un "control democrático" instituido por el Estado burgués. Baste decir que en el gobierno de los EE.UU. no hay un solo obrero y que la política la dictan los magnates del capital financiero y sus testaferros.

Los ideólogos burgueses afirman que el "capitalismo popular" es el capitalismo planificado. El Estado burgués del siglo XX ha comenzado a inmiscuirse verdaderamente en la economía. Ello se debe a la supeditación del Estado a los monopolios y a su utilización por las grandes organizaciones monopolistas. Pero esta intervención no puede descartar los efectos de las leyes económicas objetivas del capitalismo.

Con el sistema del capitalismo monopolista de Estado, el carácter social de la producción llega hasta tal grado, que la planificación se convierte en una necesidad imperiosa. Pero los economistas burgueses silencian el hecho evidente de que todos los intentos de planificar la producción capitalista se vienen por los suelos. De igual manera fracasan las tentativas de evitar las crisis económicas, de eliminar la miseria y el paro bajo el capitalismo. Como muy bien señala el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, "... las masas populares se han convencido por experiencia propia de que el Estado burgués es un dócil instrumento de los monopolios, y la decantada «prosperidad» es la prosperidad de los magnates del capital financiero y la tortura y el sufrimiento para cientos de millones de hombres del trabajo". [3]

El mito del "capitalismo popular" sirve también de velo para encubrir la política exterior expansionista de los militaristas de los Estados Unidos. Por ejemplo, Johnston, al dibujar el capitalismo monopolista como "popular", se extiende en consideraciones acerca del papel de Norteamérica, que, a su juicio, debe "conducir al mundo a este capitalismo popular".

[3] *Documentos del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, pág. 358.

Capítulo 3

El maltusianismo contemporáneo

De la difusión del maltusianismo en los países capitalistas nos da idea un hecho: después de la segunda guerra mundial, los adeptos de Malthus han editado más libros que en los ciento cincuenta años precedentes. De propagar el maltusianismo se ocupan no sólo los economistas, sino también los elementos reaccionarios de otras ciencias sociales y ciertos químicos, biólogos y hasta astrónomos. Los más notorios voceros del actual maltusianismo son el americano Vogt, autor de *El camino de la salvación* y de *¡Hombres! El medio de sobrevivir;* los también estadounidenses Pierson y Harner, autores de *El hambre universal,* y Cook, autor de *La fecundidad humana, dilema actual.* También algunos economistas ingleses y alemanes occidentales se dedican a la propaganda de las aberraciones maltusianas.

El maltusianismo contemporáneo trata no sólo de persuadir a los trabajadores de la inutilidad de la lucha contra el capitalismo, sino de encubrir la monstruosa explotación de los pueblos de los países coloniales y dependientes; sirve de medio de preparación ideológica para una nueva guerra mundial. La teoría de Malthus se ha "amoldado" a la apología del imperialismo.

Los maltusianos se han visto obligados a "modificar" en cierto modo la teoría de su maestro, pues los ciento

sesenta años transcurridos desde el momento en que vio la luz la primera edición de la obra de Malthus han refutado sus tesis sobre las dos progresiones: no ha tenido lugar un incremento catastrófico de la población; es más, en el siglo xx ha disminuido la natalidad. De ahí que los maltusianos aparezcan ahora con la teoría del "envejecimiento" de la población; ya no hablan de la superpoblación absoluta, sino de una superabundancia de ancianos debida a la disminución de la mortalidad lograda gracias a los progresos de la medicina.

Verdaderamente, en los países capitalistas ha aumentado el sector de las personas de edad madura. Pero ello no se debe a una mayor longevidad, sino a la disminución de la natalidad provocada por el empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores.

Una variante moderna del maltusianismo es la "teoría de la población óptima", según la cual, hasta un determinado punto, el aumento de la población es un factor positivo, pero llegado un momento en que se rebasan estos límites, el aumento repercute desfavorablemente en el nivel de bienestar de la gente.

Los maltusianos han sido incapaces de determinar el momento óptimo y de definir el criterio para catalogarlo. Mas no por ello se cohiben en afirmar que en la mayor parte de los países la población rebasa ya ese límite óptimo. Si Malthus, en sus tiempos, aludió tan sólo a la posibilidad de una superpoblación, sus seguidores de nuestros días la consideran ya un hecho consumado. Afirman que nuestro planeta está "abarrotado de gente" y que hay en la Tierra más de mil millones de bocas sobrantes. Al hablar de una superpoblación absoluta, los maltusianos sientan la tesis de que el número de habitantes del planeta rebasa las posibilidades de producir medios de existencia.

En realidad, según demostró Marx, lo que existe en los países capitalistas es una superpoblación relativa. El régimen burgués impide la plena utilización de las fuerzas productivas existentes y, desde luego, descarta su utilización como medio de favorecer a los trabajadores.

Afirman los maltusianos que toda la superficie terrestre apta para la agricultura está ya en explotación. Frente a tales afirmaciones están los cálculos del académico soviético L. I. Prásolov, que demuestran que, en realidad, aún están sin aprovechar nueve décimas partes del terreno cultivable.

Según los maltusianos, la fertilidad de las tierras cultivadas va descendiendo gradualmente, y las nuevas inversiones de trabajo y de capital en la agricultura producen un beneficio cada vez menor.

La propia vida se ha encargado de desbaratar semejantes razonamientos: el número de habitantes ocupados en los trabajos agrícolas va disminuyendo y, sin embargo, la producción de la agricultura crece sin cesar.

Los maltusianos contemplan el incremento numérico de la población como un proceso puramente biológico, al margen del grado de evolución de las fuerzas productivas y sin tener en cuenta la naturaleza del régimen social vigente, del carácter de las relaciones de producción. Por eso, a cada régimen económico-social le es inherente una ley demográfica propia, que determina el nivel y el carácter de la utilización de la población, así como su crecimiento natural.

Entre el maltusianismo moderno y el racismo existe un vínculo estrecho. En opinión de los maltusianos, los hombres se dividen en "caros" y "baratos". Los "caros", o "elegidos", llegan aproximadamente a unos 150 millones en todo el globo terrestre. Entre los "inferiores" catalogan, en primer término, a los pueblos de raza ne-

gra y amarilla. En realidad, el atraso de algunos pueblos en el sentido económico y cultural no depende de motivos nacionales, sino de las condiciones históricas en que han vivido hasta hoy día. Una causa importantísima de su atraso ha sido el saqueo de las colonias por los Estados imperialistas y por los monopolios capitalistas.

Los maltusianos aprueban y justifican la carrera de armamentos y las guerras imperialistas. Declaran que las guerras son el "estado natural" de la sociedad humana, debido a la "lucha por la existencia", que ellos consideran una ley eterna.

Deseosos de apartar a los pueblos de la lucha por la paz, los maltusianos declaran que la gente no se ha dado cuenta de la creación de un arma de nuevo tipo: la "bomba de la población", que está a punto de estallar.

De este modo, los maltusianos exageran un peligro ficticio para velar una amenaza real. Aludiendo al incremento de la población en los países socialistas, lanzan la mendaz advertencia de un peligro de agresión por parte de dichos países y proponen desencadenar contra ellos una supuesta guerra preventiva. Por consiguiente, el maltusianismo sirve hoy de instrumento ideológico del anticomunismo.

LAS TEORIAS ECONOMICAS DEL REFORMISMO Y DEL NEO-REVISIONISMO

En la segunda etapa de la crisis general del capitalismo, el ala derecha de la socialdemocracia ha roto abierta y definitivamente con el marxismo.

Si antes de la segunda guerra mundial los reformistas aún se enmascaraban a veces tras una fraseología marxista, en el período de posguerra, los socialistas de derecha —continuadores de la obra de los revisionistas del siglo XIX— y también los líderes laboristas han declarado sus teorías el "antídoto contra el marxismo".

Esta abjuración de la teoría del socialismo científico tiende a privar a los trabajadores de un arma poderosa en la lucha por la paz y por el socialismo, a facilitar el sometimiento de la clase obrera a la ideología burguesa.

Los reformistas se manifiestan contra la teoría del valor de Marx y niegan su doctrina acerca de la plusvalía y del salario. Los socialistas de derecha y los laboristas ponen especial empeño en refutar los postulados de Marx acerca de la acumulación capitalista, y niegan la depauperación absoluta y relativa de los trabajadores bajo el capitalismo contemporáneo. De igual modo combaten la teoría leninista del imperialismo y de la crisis general del capitalismo. Esforzándose por hermosear el régimen capitalista, recurren frecuentemente a la difamación de los países del socialismo y muy a menudo aparecen entre las filas de los activos propagandistas del anticomunismo.

Los socialistas de derecha y los laboristas propagan

las modernas teorías de los ideólogos del capital monopolista y los vetustos dogmas de sus predecesores, los revisionistas de la Segunda Internacional. Las tesis fundamentales de las teorías reformistas y revisionistas fueron formuladas en la Declaración de la Internacional Socialista, aprobada en 1951.

De palabra, los socialistas de derecha y los laboristas reconocen como algo inevitable el paso al socialismo. Pero de hecho lo niegan, asegurando que el capitalismo, de por sí, y bajo la influencia reguladora del Estado, va transformándose paulatinamente en socialismo. Son ellos los autores de la teoría del "socialismo democrático", en la que han resucitado las ideas del "socialismo constructivo" y de la "democracia económica". Sus propagandistas más activos son Gaitskell *(Socialismo y nacionalización,* 1956), Strachey *(El capitalismo contemporáneo,* 1956), Crosslan *(El futuro del socialismo,* 1956), Lora *(Problemas actuales del socialismo,* 1955), B. Kautsky y otros.

El "socialismo democrático" se opone al socialismo existente en la U.R.S.S. y en las democracias populares, y es presentado como un movimiento democrático general de todas las clases de la sociedad burguesa. Las fronteras del socialismo se han ensanchado —afirman los laboristas—; el socialismo ha dejado de ser misión de una sola clase, y en su consecución están igualmente interesadas todas las clases de la sociedad, los obreros y los capitalistas.

Los portavoces de tal teoría declaran abolidas las diferencias radicales entre el capitalismo y el socialismo y afirman que el tránsito de aquél a éste se lleva a cabo gradualmente, sin revoluciones.

Tanto los reformistas como los neo-revisionistas proclaman como base del "socialismo democrático" la de-

mocracia burguesa, que, al decir de ellos, garantiza la participación de todas las clases en el gobierno. El Estado burgués es presentado al público como la fuerza principal que lleva a cabo la construcción del socialismo. La mayoría de los predicadores del "socialismo democrático" estiman que el método fundamental para edificar la sociedad socialista debe ser la planificación estatal de la economía; pero esta planificación es irrealizable bajo el capitalismo. Otros proponen medidas progresivas para la eliminación de los ingresos parasitarios mediante el establecimiento de impuestos y la modificación de las leyes de la herencia. Pero tanto los unos como los otros presentan al Estado burgués como un organismo al margen de las clases, cuando, en la práctica, actúa en interés de los monopolios. Algunos socialistas de derecha cifran sus esperanzas en el progreso técnico, suponiendo que este último originará un ascenso del nivel de vida del pueblo y un debilitamiento de los antagonistas de clase. Pero lo cierto es que la creciente automatización del trabajo en los países capitalistas acentúa las contradicciones del capitalismo y exacerba extraordinariamente el problema de la desocupación y el de los mercados.

Los socialistas de derecha y los laboristas se imaginan que la base económica del "socialismo democrático" ha de ser la economía mixta, una especie de combinación de las empresas monopolistas del Estado (a las que ellos dan el nombre de socialistas) y la iniciativa privada.

Predican la comunidad de intereses de los obreros y de los patronos, y dan por desaparecida la explotación en la sociedad capitalista. Hablan de la "democracia económica", cuya esencia estriba en "la libertad de comprar y vender".

Un economista progresivo, Eaton, examinando la versión inglesa del "socialismo democrático", hace cons-

tar, muy acertadamente, que no es otra cosa sino una etiqueta socialista pegada sobre el capitalismo contemporáneo. En realidad, el "socialismo democrático" implica la subsistencia del poder político en manos de la burguesía, la perpetuación de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción. La libertad de comprar y vender representa, en la práctica, la libertad del capitalista para explotar a los obreros.

De palabra, los socialistas de derecha y los laboristas elogian la democracia internacional; de hecho, se esfuerzan por perpetuar el sistema colonial del imperialismo.

Los reformistas rechazan la posibilidad de una evolución no capitalista de los países atrasados, pretextando que en todas las naciones el capitalismo ha de preceder necesariamente al socialismo.

Para "realizar plenamente el capitalismo", piden para los países rezagados libertad de acceso al capital extranjero. Y, guiándose por estos razonamientos, mantienen una actitud opuesta al movimiento nacional de liberación.

De lo dicho inferimos que los socialistas de derecha y los laboristas reproducen las teorías de los defensores abiertos del colonialismo. La esencia burguesa de la teoría del "socialismo democrático" aparece claramente en la abierta exaltación por sus propagandistas de las doctrinas de Keynes.

La concepción keynesiana del "capitalismo regulado" es considerada por los reformistas como el fundamento teórico del "socialismo democrático"'.

La teoría del "socialismo democrático" pretende inducir a los obreros a resignarse con la realidad capitalista, apartarlos de la lucha revolucionaria inculcándoles las quiméricas ilusiones de una transformación espontánea del capitalismo en socialismo.

Son activos propagandistas del neo-revisionismo

Browder y Gates en los Estados Unidos; Giolitti en Italia; Salsburg y Smith en el Canadá, y Cadogan y Hill en Inglaterra.

Los neo-revisionistas no han promovido ninguna teoría económica nueva, limitándose a especular con las patrañas burguesas y reformistas para reemplazar la doctrina marxista-leninista.

En su tendencia a presentar en forma adulterada la naturaleza del capitalismo contemporáneo, los neo-revisionistas se dedican a propagar el mito del "Estado del bienestar general". Esto se refiere, en primer término, a los revisionistas norteamericanos Browder y Gates, el primero de los cuales publicó en 1958 un libro titulado *Marx y América. Estudio de la teoría de la depauperación.*

Browder suplanta el concepto de "nivel de vida de los obreros" por el concepto "nivel de los salarios" para afirmar que la realidad norteamericana rebate la teoría de Marx sobre el empobrecimiento. A tal efecto, y para respaldar su tesis, compara el nivel de los salarios en los Estados Unidos con el de otros países capitalistas. En efecto, los salarios norteamericanos son superiores a los de otras naciones del mundo burgués. Pero, en primer lugar, ello no presupone ausencia de empobrecimiento, pues la pobreza no se limita al salario. Hay que tener en cuenta la enorme intensificación del trabajo, el paro y otros factores. Y, en segundo lugar, no es el nivel, sino la dinámica del salario de los Estados Unidos lo que debemos examinar para hacernos cargo de la tendencia al descenso del salario real, originada, ante todo, por la subida de los precios, impuestos y alquileres.

Para hermosear el imperialismo americano, Browder se empeña en negar que los monopolistas yanquis han esquilmado a los pueblos de otros países. Asegura que los Estados Unidos jamás poseyeron un sistema colonial

en toda regla y, con ello, no hace sino reproducir la fábula burguesa del anticolonialismo americano. La realidad, por el contrario, dice que los monopolios estadounidenses explotan a los pueblos de otras naciones mediante la exportación de capital y el intercambio no equivalencial. Los monopolios de Norteamérica detentan más de la mitad de todas las inversiones de capitales en países extranjeros.

Siguiendo el camino trazado por Browder, Gates, en un libro titulado *Historia del comunismo americano*, caracteriza a su país como un "Estado de bienestar general", como una "sociedad de abundancia" en la que sólo sobreviven algunos "islotes" de pobreza. Lo que nos muestra la realidad es distinto: incluso los datos de la estadística oficial de los Estados Unidos dicen que una quinta parte del total de las familias del país perciben ingresos anuales inferiores a dos mil dólares, y cerca de dos terceras partes de las familias carecen de los medios imprescindibles para garantizar el modesto nivel de vida calculado por el Comité Heller.

El revisionista italiano A. Giolitti, en su obra *Las reformas y la revolución*, también estima necesario revisar la teoría de Marx acerca del empobrecimiento. Giolitti, que cifra todas sus esperanzas de "mejoramiento" del régimen capitalista en el progreso técnico, propaga, virtualmente, la idea burguesa y reformista de una "segunda revolución industrial".

La negación por los revisionistas del empobrecimiento de la clase obrera bajo el capitalismo contemporáneo persigue el propósito de apartarla de la lucha revolucionaria, infundiendo a los trabajadores la ilusión de una posible transformación paulatina y espontánea del capitalismo en socialismo.

Al tergiversar la esencia del moderno capitalismo,

los revisionistas pretenden ocultar la profunda crisis de la economía política burguesa. Han sacado a la luz la tesis de su "desapologetización", declarando que los economistas burgueses de nuestros días hacen un análisis científico de la realidad capitalista y que convendría complementar a Marx con Keynes. En realidad, la actual economía burguesa, orientada a salvar al capitalismo caduco, es totalmente anticientífica. El intento de unir a Marx con Keynes no supone otra cosa que una suplantación del marxismo por teorías burguesas.

CRISIS DE LA ECONOMIA BURGUESA

Los economistas burgueses se han entregado a la búsqueda febril de nuevos procedimientos para velar la crisis del capitalismo mundial y apuntalar sus tambaleantes soportes. El arma principal ideológica y política del imperialismo en la actualidad es el anticomunismo.

Este no es un fenómeno nuevo. El anticomunismo apareció como reacción contra las ideas del comunismo desde el momento en que nacieron y comenzaron a propagarse entre las masas. Después del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, el anticomunismo pasó a formar parte de la política de los países imperialistas, dirigida entonces contra la U.R.S.S. y, posteriormente, también contra todos los países del sistema socialista de economía mundial.

En las circunstancias presentes, cuando se han fortalecido las posiciones del socialismo, mientras que las del imperialismo van debilitándose más y más, el anticomunismo se ha convertido en el instrumento principal de los círculos más reaccionarios de la burguesía monopolista, y expresa el afán de todas estas fuerzas tenebrosas de oponerse a la sustitución del capitalismo por el socialismo. Simultáneamente, el anticomunismo refleja, de una parte la agresividad del imperialismo y, de otra, su falta de perspectivas.

Dentro de la economía política burguesa, el anticomunismo se manifiesta, sobre todo, en la falsificación de la esencia del socialismo y del comunismo, en la

simple negación o en la tentativa de empequeñecer los éxitos y realizaciones de los países socialistas, en ataques difamatorios y calumniosos contra la doctrina económica marxista-leninista, en el falseamiento y la tergiversación de la política de los partidos comunistas y obreros.

El anticomunismo se ha transformado en el soporte ideológico de la "guerra fría" que los imperialistas llevan a cabo contra el campo del socialismo.

Pero el anticomunismo no se reduce a simples ataques contra el socialismo. Es, a la vez, un biombo ideológico detrás del cual se ocultan las verdaderas intenciones de la burguesía monopolista. Con la campaña anticomunista guardan estrechísima relación numerosas teorías burguesas destinadas a enmascarar al imperialismo de nuestros días, de embellecerlo y a buscar los medios de salvar al capitalismo.

Las corrientes fundamentales de la economía política burguesa —las teorías del capitalismo "regulado" y del "neoliberalismo"— siguen existiendo hasta hoy. Pero en ellas van adquiriendo una importancia cada vez mayor los problemas relacionados con el ritmo del desarrollo económico, con la teoría de la "tranformación del capitalismo", con los países subdesarrollados y con la denominada "integración imperialista". Los ideólogos reaccionarios concentran sus esfuerzos en atacar a los países del socialismo.

Capítulo 1

Las teorías del Incremento económico

Durante los últimos años, entre los economistas burgueses se ha propagado la teoría del "incremento económico", que fue expuesta por primera vez hacia 1950.

Sus predicadores ponen especial interés en las perspectivas y en el ritmo de una larga evolución de la economía capitalista. Se atribuyen el mérito de haber introducido en la ciencia económica el "factor tiempo", gracias a lo cual se ha tornado dinámica. Las viejas teorías, especialmente las de Keynes, tenían como punto de arranque el equilibrio estático. Keynes se abstraía de toda modificación tanto en el terreno de la técnica como en el de la economía tomando como base de sus conceptos un estado inmutable de la técnica y de la producción, un número y una cualificación inmutables de los obreros y unas necesidades inmutables de la población.

Actualmente, cuando en el mundo se verifican importantes progresos técnicos y de producción, así como cambios económico-sociales profundos, las teorías estáticas resultan poco convincentes y se encuentran en diametral oposición a la realidad. El aumento del paro forzoso y de la inconsistencia de la economía capitalista testimonian el fracaso de las recetas keynesianas para

"curar" el capitalismo. Esto no pueden negarlo ni siquiera muchos partidarios de Keynes. Se hacía necesario, pues, buscar una nueva forma de defensa del capitalismo.

Entre las teorías del "incremento económico" ocupa el puesto central el problema del ritmo. Ello se explica porque, en plena competición económica del socialismo y el capitalismo, el ritmo adquiere especial actualidad.

Los más destacados propagandistas de estas teorías son, en los Estados Unidos, Domar *(Estudio de la teoría del incremento económico)*, Rostow *(Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista)*, Hansen *(Problemas económicos de la década del sesenta)*, Samuelson y otros, y en Inglaterra, Harrod *(En torno a la teoría de la dinámica económica)*.

Entre los adeptos de la teoría del "incremento económico" existen sustanciales diferencias en la interpretación de determinados problemas de la economía capitalista. Según los motivos que aducen los economistas burgueses como factores decisivos de la economía, podemos dividir en dos grupos a los partidarios de esta teoría. Al primero pertenecen aquellos que se dedican a buscar ejemplos que esclarezcan el vínculo entre las categorías económicas, particularmente entre la inversión y el ahorro; y en el segundo figuran los que concentran su interés en las factores sociológicos que, a juicio de ellos, tienen una repercusión decisiva en el desarrollo económico. En la mayoría de los casos, las teorías de la dinámica económica constituyen variedades del keynesismo.

Los adictos a la teoría del "incremento económico" consideran factores decisivos del desarrollo económico, en primer término, la acumulación de capital, o sea las inversiones. Harrod, por ejemplo, estima que el nivel virtual de las inversiones de capital no siempre puede

bastar para asegurar un ascenso equilibrado de la producción y un empleo total de los medios de producción. El cálculo del volumen de las inversiones de capital se basa en el análisis del nivel de la producción y en las suposiciones o vaticinios de los capitalistas acerca del porvenir. El retraso del volumen virtual de las inversiones respecto del volumen necesario lo atribuye el autor inglés a motivos fortuitos. En realidad, las desproporciones en la producción capitalista están muy lejos de ser casuales y no se determinan por el estado de ánimo de los capitalistas, sino por la contradicciones fundamentales del capitalismo.

Al igual que Keynes, Harrod presta singular atención al estudio de la correlación existente entre el aumento de las inversiones de capital y el del ahorro; por cierto que enfoca a este último al margen de su carácte clasista, como la creación de "una reserva en dinero lí quido" fruto del afán del hombre por asegurarse a si mismo y a sus descendientes contra un "mal día", o de "la ambición humana".

Bajo el régimen capitalista, la inmensa mayoría de los trabajadores carece de ahorros. Virtualmente, el ahorro no representa allí otra cosa que la plusvalía destinada a la acumulación. Por eso no es lícito oponer el ahorro y la acumulación como factores heterogéneos.

Harrod, como tantos otros ideólogos burgueses, elude el problema de cómo influye la acumulación del capital en la situación de la clase obrera. Considera que la acumulación depende totalmente de la cuota de interés, es decir, que aumenta al disminuir el interés, y viceversa. Pero el ritmo de acumulación del capital no depende de la cuantía del tipo de interés. El excedente relativo de capital no es fruto del interés de préstamo, sino de la limitación de la posibilidad de colocar los

capitales en negocios muy rentables en las circunstancias creadas por el capitalismo contemporáneo. Las posibilidades de vender la producción en los países imperialistas se ven considerablemente dificultadas a causa del empobrecimiento de los trabajadores y de la restricción de la esfera del dominio imperialista. De ahí que ni siquiera el crédito más barato consiga estimular el crecimiento de las inversiones de capital. Anotemos, a propósito, que la propia cuota de interés depende de motivos que se encierran en las condiciones de la producción capitalista (fluctuaciones de la cuota media de ganancia, oferta y demanda de capital de préstamo).

Según demostró Carlos Marx, el ritmo de la acumulación capitalista depende de numerosos factores, y entre ellos de la proporción en que la plusvalía se divide en renta y en capital, del grado de explotación de la mano de obra, de la energía productora del trabajo social, del aumento de la diferencia entre el capital empleado y el capital consumido. Sin embargo, el volumen de la acumulación real de capitales no depende tan sólo de las circunstancias señaladas: según Marx, depende de las condiciones generales de la reproducción capitalista, que se verifica en medio de contradicciones antagónicas. No es la acumulación de capital la que determina, de por sí, el ritmo de aumento de la producción, sino que son las condiciones generales de la reproducción capitalista las que determinan el grado correspondiente y el ritmo de la acumulación del capital.

Evidentemente, el progreso técnico influye en el aumento de la producción *per cápita*, pero el ritmo del propio progreso técnico depende del nivel alcanzado por las fuerzas productivas y de la índole de las relaciones de producción. Es sabido que, en la época del imperialismo, las relaciones de producción capitalista se han

transformado en trabas que dificultan el desarrollo de las fuerzas productivas: los monopolios tienen la posibilidad económica de frenar el progreso técnico y la utilizan en su propio interés.

La cuantía de la producción o la de la renta por habitante debe dar una idea del volumen del consumo. Pero Harrod estudia el consumo al margen de la estructura clasista de la sociedad, al margen de la distribución capitalista de los productos. Bajo el capitalismo, las cifras medias no reflejan la verdadera realidad de las cosas, y no todo "habitante" percibe la misma renta. En los escritos de Harrod desaparece por completo la contradicción entre la tendencia expansiva de la producción y la limitación de la demanda solvente de las masas populares.

Como tercer factor determinante de la producción, los teóricos del "incremento económico" señalan el aumento de la población o el de la fuerza de trabajo. Harrod considera el aumento de la población una magnitud autónoma, cuando en realidad no lo es. Lejos de ello, depende, en gran medida, del ritmo de la acumulación de capital. Por ejemplo, en la época de la crisis general del capitalismo se observa un amortiguamiento del ritmo de la acumulación, y empeora la situación de las masas populares, con el consiguiente descenso del crecimiento natural de la población. Por tanto, tampoco este factor determina el volumen de la producción, sino que, por el contrario, él mismo depende de la forma social de aquélla, de la acumulación de capital.

Los llamados factores del crecimiento no son independientes, sino que ellos mismos dependen del curso de la reproducción capitalista. Los teóricos burgueses se abstraen por completo de las condiciones concretas de la reproducción. Sus disquisiciones acerca de los

factores del incremento tienden a ocultar las auténticas fuerzas motrices de la evolución capitalista.

La teoría del "incremento económico" se ocupa principalmente en determinar las condiciones de un aumento equilibrado y proporcional de las magnitudes económicas nacionales y en garantizar, sobre esta base, un ritmo rápido de desarrollo de la economía. Con este fin, los teóricos burgueses confeccionan ecuaciones y fórmulas de incremento económico. De base para sus conceptos sirve el principio keynesiano del multiplicador y del acelerador. Según es notorio, el defecto principal de ese principio radica en que ignora el carácter antagónico de las relaciones de producción capitalistas y en que adultera la verdadera proporción entre producción y consumo. En las fórmulas de los ideólogos burgueses, el incremento aparece como un simple cambio cuantitativo de los diversos factores. Por cierto que la característica cualitativa y la interdependencia no se tienen en cuenta.

Las sugerencias prácticas de los partidarios de la teoría del incremento económico están completamente divorciadas de la realidad, tienen un carácter utópico y repiten las fracasadas recetas de Keynes. Así, Harrod, para superar las crisis económicas, propone rebajar la cuota de interés. En lugar de la inflación, como medio de rebajar el interés, propone emitir obligaciones de la deuda pública sin interés alguno. El Estado debe poner los medios obtenidos a disposición de los empresarios en calidad de crédito gratuito. De esta manera supone Harrod que pueden ser movilizados los ahorros y utilizados como inversiones. En esencia, lo que propone es suprimir el interés, propuesta utópica, ya que la existencia del mismo viene determinada por la división objetiva entre la propiedad del capital y su funcionamiento.

La supresión del interés supondría demoler todo el sistema de crédito capitalista, que no es sino una forma de la dinámica del capital de préstamo. La rebaja del tipo del interés de préstamo e incluso su total eliminación no podrían suprimir la contradicción fundamental del capitalismo, que es la que genera las crisis económicas.

Estima Harrod que otro medio de superar las fluctuaciones cíclicas sería mantener un nivel constante de los precios mediante el intercambio de dinero por un conjunto *standard de mercancías*. Semejante proyecto es también irrealizable. Estipula la supresión de las relaciones monetarias y de valor, sin las cuales no son posibles ni la producción mercantil ni el capitalismo. El cambio del dinero por un conjunto de mercancías pudiera tener una sola importancia real: impondría a las amplias masas de la población la estructura del consumo más conveniente para los monopolios. Pero lo contradictorio de la propuesta de Harrod consiste precisamente en que su realización implica una inestabilidad de los precios que determinaría la rebaja del salario real. Así cae en un círculo vicioso, llegando a parecerse a quien desea comerse el pastel y conservarlo, todo a un tiempo.

Otro grupo de teóricos del "incremento económico" lo forman aquellos economistas e historiadores que explican el movimiento de la producción con factores extraeconómicos. Uno de sus representantes más caracterizados es Rostow, quien considera que el desarrollo de la economía es fruto de la creciente inclinación del hombre hacia la ciencia, hacia las innovaciones, hacia el progreso material, hacia la comodidad, hacia la sucesión, etcétera. Este autor adultera la auténtica proporción entre la producción material, las relaciones de producción y la índole del consumo del hombre en distintas

épocas. Las tendencias y las necesidades de los hombres tienen como base factores materiales y económico-sociales. Rostov, sin embargo, los considera eternos e inmutables, cuando la realidad nos dice que las inclinaciones de las personas cambian de acuerdo con el régimen social y son determinadas por éste.

La teoría de Rostow constituye uno de los instrumentos ideológicos del anticomunismo. En su libro *Fases del desarrollo económico. Un manifiesto no comunista,* afirma que la superioridad de la U.R.S.S. en cuanto al ritmo de evolución económica no se explica por las ventajas del socialismo, sino porque la Unión Soviética y los Estados Unidos se encuentran en diversas fases del desarrollo económico y que tan pronto como la U.R.S.S. alcance una fase de "alto nivel del consumo popular" descenderá el ritmo de su reproducción ampliada.

El principal propósito de la teoría de Rostow consiste en demostrar que la Unión Soviética jamás alcanzará en el terreno económico a los Estados Unidos de América. Una simple comparación del ritmo de incremento económico de los países socialistas y de los Estados Unidos refuta por completo tal patraña. En su informe al XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, N. S. Jruschov señaló que el ritmo medio anual de incremento de la producción industrial desde 1956 hasta 1961 fue del 10,2 por cien en la U.R.S.S. y del 2,3 por cien en los Estados Unidos.

Rostow pretende rebatir la tesis de Marx sobre el empobrecimiento de la clase obrera. Habla de "las equivocaciones de Marx" afirmando que, pese a ellas, los Estados Unidos han alcanzado un "alto nivel del consumo popular". El autor se esfuerza por identificar el alto desarrollo de las fuerzas productivas de los Estados

Unidos con un alto nivel del consumo popular; pero son cosas muy distintas. Las posibilidades potenciales del alto nivel de las fuerzas productivas no pueden ser utilizadas para bien de los trabajadores bajo el capitalismo. Hasta los economistas burgueses confiesan que los Estados Unidos "se encuentran todavía lejos de la abundancia".

Las teorías del "incremento económico" testimonian que la tentativa de "perfeccionar" la doctrina de Keynes no ha tenido buen éxito, como tampoco lo tienen las sugerencias prácticas de sus partidarios. Como dice el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, "las teorías burguesas sobre un capitalismo «sin crisis» y «planificado» han sido reducidas a cenizas por el desarrollo de la economía capitalista contemporánea". Los intentos de velar la agravación de la crisis general del capitalismo, de encubrir la agudización de sus contradicciones, de embellecer este régimen y de mostrar la posibilidad de su ulterior existencia, fracasan indefectiblemente.

Capítulo 2

El neoliberalismo

En la segunda y tercera etapas de la crisis general del capitalismo, el neoliberalismo ha alcanzado considerable difusión en los países capitalistas. En los Estados Unidos lo propaga el denominado "grupo de Chicago", con Simson al frente; en Francia, Nogaro y otros, y en Italia, el grupo de Einaudi. Y donde más difusión ha alcanzado el neoliberalismo es en la República Federal de Alemania, donde ocupa una situación de predominio.

Los liberales germano-occidentales propagan su criterio bajo la forma de la teoría de la "economía social mercantil". Han confeccionado un concepto de la evolución histórica según el cual todas las formas de régimen social se reducen a dos: la "economía central dirigida" y la "economía mercantil". En el primero de los dos tipos se lleva a cabo la dirección centralizada, descartándose el mercado, la formación espontánea de los precios y la propiedad. En este tipo de economía incluyen la sociedad esclavista, la feudal y la socialista.

De acuerdo con los neoliberales, la "economía mercantil" se caracteriza por la regulación realizada mediante el mecanismo de los precios y la competencia. Según ellos, la economía de todos los países capitalistas desarrollados corresponde a este tipo.

Al mismo tiempo, los neoliberales afirman que no existen "tipos perfectos de economía" en estado de pureza, que el "orden económico" en cualquier país representa una combinación de varios tipos. Las divagaciones acerca de los "tipos perfectos" persiguen el propósito de ocultar la función decisiva de las relaciones de producción, y en particular la de las formas de propiedad de los medios de producción, para definir el carácter de un régimen social. Los ideólogos del imperialismo, al promover a primer plano la circulación monetario-mercantil, ponen en pie de igualdad las relaciones basadas en la explotación y las que se sustentan sobre la colaboración y la ayuda mutua, amistosa. La teoría de los "tipos perfectos de economía" tiene como fin encubrir las radicales diferencias existentes entre el socialismo y los sistemas basados en la explotación de los trabajadores. Al mismo objetivo se encamina la teoría de la "economía social mercantil", inventada por los neoliberales de Alemania Occidental.

Los defensores del imperialismo germano-occidental aseguran que la República Federal de Alemania ha creado una "economía social mercantil". Su base de sustentación, a juicio de los neoliberales, es la libre competencia apoyada por el Estado. Los neoliberales presentan la libre competencia como la forma más eficaz de desarrollo de las fuerzas productivas, como el fundamento de la "democracia económica". Mas esta tesis básica es errónea. La competencia es un engendro de la propiedad privada de los medios de producción. En su carrera tras la ganancia, los capitalistas, impulsados por la competencia, tratan de expandir la producción, de aplicar nuevas técnicas. Esto contribuye por consiguiente a incrementar las fuerzas productivas. Pero la propia competencia, la propia carrera tras el lucro, limitan este

incremento y restringen el empleo de la maquinaria. La nueva técnica se utiliza tan sólo cuando promete a los capitalistas un alza de los beneficios, cuando reporta una economía en la retribución del trabajo, mientras que, en el propio interés de la sociedad, podría utilizársela aunque sólo fuese para economizar esfuerzo.

Con el régimen capitalista, cada patrono, temeroso de sus rivales, al aplicar un nuevo invento procura monopolizarlo, evitar su empleo en otras empresas. Además, la propiedad privada y la competencia provocan la anarquía de la producción capitalista, y durante las crisis económicas conducen a la destrucción de las fuerzas productivas. En virtud de estas causas, la competencia está muy lejos de representar el medio más eficaz para acrecentar las fuerzas productivas.

Los neoliberales afirman que la libre competencia no puede operar automáticamente, puesto que existe la tendencia a ensanchar la producción y a monopolizarla excesivamente. Por tal razón, la libre competencia debe ser apoyada ininterrumpidamente por el Estado. Este, en opinión de los neoliberales, debe tomar medidas para preservar la propiedad capitalista y velar por que se observen las "reglas" de la competencia. A este efecto, los neoliberales se manifiestan demagógicamente en pro de la limitación de las actividades de los monopolios, por la prohibición de los cártels. En la República Federal de Alemania se aprobó en enero de 1958 una ley prohibiendo la formación de cártels. Pero la tal ley dejó fuera a los monopolios existentes y autorizó, a título de "excepción", la fundación de nuevos monopolios. Mientras critican a los monopolios en general, los neoliberales suelen considerar que los monopolios capitalistas son los menos dañinos, y los sindicatos obreros, los más potentes y peligrosos.

Cuando los neoliberales hablan de que el Estado burgués combate a los monopolios, su propósito es el de encubrir la esencia del capitalismo monopolista de Estado, ocultando a los ojos de las masas populares el virtual sometimiento del Estado a los monopolios.

So pretexto de luchar contra éstos, los neoliberales atacan furiosamente a los países socialistas. Declaran la propiedad socialista un tipo especial de "'monopolio omnímodo". Con su falsa interpretación de los monopolios, pretenden borrar la fundamental diferencia existente entre la producción socialista, altamente centralizada, y los monopolios capitalistas. Al criticar a los monopolios en general, lo que hacen realmente es defender a los monopolios capitalistas y al Estado burgués y tergiversar la naturaleza de la economía socialista. De este modo, la "crítica de los monopolios" se convierte en anticomunismo. A fin de combatir el movimiento comunista, los neoliberales van acercándose más y más al catolicismo: proclaman abiertamente la compatibilidad de la doctrina católica con el neoliberalismo y la formación de un frente común contra el comunismo.

Los neoliberales se presentan como adversarios del keynesismo y hablan de una "revolución antikeynista" operada en los últimos años. La crítica del keynesismo se debe, ante todo, al fracaso de sus recetas para curar el capitalismo. En medio de la crisis general de este régimen, hasta los neoliberales se ven obligados a reconocer los defectos del capitalismo y a buscar nuevos procedimientos para eliminarlos. Suponen que la supresión de los monopolios (en la práctica no se proponen suprimirlos) no puede, de por sí, garantizar el desarrollo ininterrumpido de la economía capitalista. Por eso estiman necesario aplicar otras formas de intervención activa del Estado en la economía: el denominado "in-

tervencionismo liberal". Entre las medidas que proponen figuran las destinadas a combatir las crisis. Aun considerando que el Estado debe mantener un alto nivel de inversiones de capital, los neoliberales se manifiestan contra los métodos keynesianos de alcanzar tal objetivo. Rechazan el impuesto progresivo y la inflación. Declaran que el medio de estimular las inversiones de capital es la "constancia de la política económica". También propugnan la estabilización del sistema monetario como importante procedimiento para lograr una economía estable. Ven el principal defecto del actual sistema monetario en la emisión de papel moneda y en la circulación de letras de cambio, a causa de lo cual el dinero circulante supera la necesidad. Los neoliberales proponen vincular estrechamente la emisión de papel moneda a la circulación de mercancías, y no al sistema de crédito.

Las lucubraciones de los neoliberales representan la repetición de una idea errónea muy característica de los economistas burgueses: la de la primacía de la circulación respecto de la producción capitalista, cuando, en realidad, todos los principales fenómenos que se verifican en la órbita de la circulación de mercancías y de dinero son determinados por procesos que transcurren en la esfera de la producción. La crisis monetaria no es la causa, sino una de las formas en que se manifiestan las crisis económicas de superproducción.

Sustancialmente, los neoliberales no rechazan la ingerencia del Estado en la economía. Su polémica con los keynesistas se reduce a las formas concretas y a la escala de la regulación de la vida económica. A causa de este enfoque del problema, el neoliberalismo entra en contradicción con su propio punto de partida teórico: la afirmación del papel decisivo de la competencia libre.

Los ideólogos burgueses afirman que el régimen

existente en Alemania Occidental no es el capitalismo, que la libre competencia garantiza la "democracia económica" y da lugar a un cambio radical de la naturaleza de la propiedad privada.

Por "democracia económica" los neoliberales entienden la libertad de empresa, la libertad de relaciones mercantiles. Los ideólogos burgueses silencian que, bajo el imperio de la propiedad privada capitalista, todas estas libertades son privativas de los patronos. La clase obrera se ve obligada a vender su fuerza de trabajo y a conformarse con un nivel de vida precario.

El neoliberalismo interpreta también la "libertad de relaciones mercantiles" como libertad de expansión económica de Alemania Occidental. El capital monopolista de la República Federal Alemana se esfuerza por irrumpir en otros mercados y pretende desplazar a sus rivales, confiando en su capacidad de competencia. Naturalmente, tras la expansión económica viene la agresión militar.

El neoliberalismo sirve a los fines de la resurrección del fascismo alemán, del imperialismo germano-occidental, a los fines de la preparación de una nueva guerra mundial.

Capítulo 3

Las teorías modernas de la "transformación del capitalismo"

Las teorías de la "transformación del capitalismo" siguen siendo el principal medio ideológico de encubrir la esencia del capitalismo contemporáneo. Los economistas burgueses propagan las teorías de la "revolución administrativa", de la "sociedad de la abundancia", de la "revolución técnica", del "humanismo económico' y otras.

La "Sociedad de la abundancia". En 1959 apareció en los Estados Unidos una nueva obra del economista A. Burley titulada *El poder sin propiedad,* muy elogiada por la prensa burguesa. Su autor asegura que en los Estados Unidos está llevándose a cabo una "revolución social" en virtud de la cual la dominación de la oligarquía financiera ha sido suprimida, y la propiedad colectiva ha reemplazado a la particular. Según el economista americano, este "nuevo sistema", tomado en su conjunto, puede recibir el nombre de "democracia económica", el de "capitalismo popular" o el de "socialismo estatal". En este sistema, los capitalistas sobreviven, pero dejan de ser los propietarios reales, y su poder está limitado por las "fuerzas democráticas".

No es difícil advertir en todo esto una reproduc-

ción de las viejas ideas del autor sobre la revolución capitalista, sobre el *managerismo*. Burley y otros propagandistas de esta teoría embrollan la cuestión de la clase a que pertenecen los gerentes y administradores. Ciertamente, no existe una clase especial de funcionarios de este tipo. Si nos referimos a los peldaños más bajos de la maquinaria administrativa, o sea a los que intervienen directamente en el proceso de la producción material, las personas que los ocupan son intelectuales, perciben un salario y carecen de facultades para adoptar decisiones respecto a la orientación de las actividades de la empresa, para participar en la distribución de las ganancias, etc. Y por lo que respecta a los funcionarios administrativos superiores, éstos pertenecen a la gran burguesía y a la burguesía monopolista. No es posible, por consiguiente, presentarlos como "representantes del pueblo". Pero, además, ellos mismos controlan las actividades de las empresas tan sólo en los casos en que poseen el paquete mayoritario de acciones, es decir, cuando son grandes financieros. Según señalan las estadísticas, el número de directores asalariados de las compañías muestra una tendencia a la disminución. Por tanto, las inversiones relativas a la "revolución administrativa" no corresponden a la realidad, como tampoco corresponde la teoría de la "democratización del capital" examinada más arriba.

La teoría de la "revolución administrativa" es propagada también por el economista americano Galbraith en su obra *La sociedad de la abundancia* (1958). En ella se nos muestra el capitalismo americano como una sociedad de "abundancia sin precedentes". Su autor asevera que la desigualdad de ingresos va disminuyendo al aumentar los salarios y, para dar idea de la "abundancia", invoca el excedente de mercancías, particular-

mente de productos alimenticios, pasando por alto la diferencia entre las necesidades y la demanda solvente. Según él, la finalidad de la producción capitalista no es la ganancia, sino la satisfacción de las necesidades.

La "abundancia" tan exaltada por el autor no afecta a la masa de la población de los Estados Unidos. Sólo el 8,4 por cien de las familias norteamericanas perciben ingresos anuales superiores a diez mil dólares, es decir, ingresos que pueden ser llamados un "presupuesto de abundancia". Pero el economista yanqui, desafiando a la realidad, afirma que en los Estados Unidos no existe paro, y elude el problema del creciente movimiento huelguístico, que demuestra que no hay abundancia.

Hablando de las medidas que el Estado ha de adoptar para eliminar las lacras del capitalismo, Galbraith refuta sus propios infundios acerca de la "sociedad de la abundancia".

Durante los últimos años, en Francia se ha extendido la teoría de la "economía coordinada", cuya aparición data de la década del treinta (F. Blok-Lené, Jeanneney Cousté y otros). Esta teoría es presentada como un tercer camino de desarrollo de la sociedad, como una síntesis de capitalismo y socialismo.

Al decir de sus autores, la teoría de la "economía coordinada" es un régimen en el cual los representantes del Estado y de las empresas se reúnen para discutir los problemas de las inversiones de capitales, de la producción y del cambio, y para adoptar decisiones al respecto. Por consiguiente, la "economía coordinada" constituye una tentativa de demostrar que bajo el régimen capitalista es posible coordinar las actividades de los empresarios privados y del sector estatal.

Corresponde al Estado la función principal en la "economía coordinada". Sobre él recae la obligación

de financiar la construcción de empresas. Pero es de señalar que, como regla general, los autores de la teoría a que nos referimos niegan la necesidad de nacionalizar las empresas privadas. En la "economía coordinada" se atribuye un importante papel a la planificación.

Los ideólogos burgueses creen posible planificar la economía conservando la propiedad privada. A ello se debe que insistan en una colaboración estrecha no sólo entre las empresas particulares y el Estado, sino también en el seno del sector privado. Los partidarios de esta teoría proponen coordinar las actividades de todos los empresarios conservando la competencia y la iniciativa individual como estímulos necesarios de la producción.

La teoría de la "economía coordinada" representa una de tantas variedades de la "economía mixta" y del "capitalismo planificado". Como ya hemos visto antes, la planificación de la economía nacional es imposible mientras exista la propiedad privada.

Una de las tesis fundamentales de la "economía coordinada" es la idea de la participación de "las diversas fuerzas sociales en la dirección de la economía", que se sustenta sobre el erróneo criterio de una suavización de las contradicciones de clase bajo el capitalismo, de un "modo de vida único" de toda la población como resultado del "aumento del bienestar del pueblo".

Los hechos rebaten tales razonamientos. En realidad, el nivel de vida de los trabajadores de Francia no sube, pero sí crecen las ganancias de los monopolios. El incremento de la lucha de los obreros contra la explotación capitalista testimonia de manera convincente que en Francia no existe un "modo de vida único".

La teoría de la "economía coordinada" llama a los trabajadores a desistir de la lucha de clases y a colaborar con los capitalistas. Los ideólogos burgueses procu-

ran apartar a los trabajadores de la lucha por el socialismo, engañándolos con sus disquisiciones acerca de una economía planificada y de la participación de los sindicatos en la dirección del Estado.

Una de las variedades más difundidas de las actuales teorías de la "transformación del capitalismo" es la leyenda de las *relaciones humanas* y del *humanismo económico*. Todo se reduce a afirmar que la explotación de los obreros y la opresión del individuo han pasado a la historia, cediendo el paso a las "relaciones humanas": empresarios y obreros son ahora factores iguales de la producción y estructuran sus relaciones sobre la base de los principios del humanismo y de la moral cristiana; estas relaciones nacidas en las empresas industriales, van extendiéndose poco a poco a toda la sociedad, jalonando el tránsito del viejo capitalismo a un "capitalismo humano", nuevo.

Esta teoría es defendida por numerosos economistas burgueses. En algunas universidades americanas se han creado facultades especiales e incluso "institutos de relaciones humanas". La obra más característica a este respecto es una recopilación editada en Amsterdam bajo el título *Las relaciones humanas y la dirección moderna* (1958), que contiene artículos de conocidos economistas holandeses, británicos y americanos, los cuales reflejan el trabajo de las correspondientes instituciones de investigación a que pertenecen. En la propagación de esta doctrina se distinguen los autores católicos.

Las "relaciones humanas" no constituyen sólo una teoría: abarcan también el terreno de la práctica. En algunas empresas capitalistas hay vicepresidentes que dirigen el departamento de "relaciones humanas"; y se han creado distintas secciones y comisiones a las que se procura incorporar a los obreros. Esos departamentos

hacen "pronósticos" sobre el comportamiento de los trabajadores, confeccionan y publican documentos para rebatir las reivindicaciones de los sindicatos e informan acerca de la marcha de la empresa y de las decisiones de la dirección.

Para respaldar sus teorías, los ideólogos burgueses invocan esos hechos y hablan del sistema de "primas" establecido en las empresas capitalistas. Pero estas primas son descontadas de los salarios, y con ellas se pretende dar la impresión de que los trabajadores participan en los beneficios.

Simultáneamente, los patronos han comenzado a aplicar toda clase de medidas de tipo social y cultural: jubilación a cargo de la empresa, concesión de viviendas a los obreros, organización de excursiones, felicitaciones con motivo de festividades señaladas, etc. Todo ello se financia con lo que los capitalistas quitan a los trabajadores de su salario. Y el objetivo es el de embotar la conciencia de clase de los obreros, crear la impresión de que se preocupan de ellos y atarlos a las fábricas. Por ejemplo, para obtener una pensión se necesita trabajar en una misma empresa hasta veinte años, o bien se exige a los obreros una labor más intensa a cambio de la concesión de una vivienda.

En último término, la teoría del "capitalismo humano" trata de encubrir el reforzamiento de la explotación de los obreros en sus nuevas formas, particularmente la mayor intensidad del trabajo, ocultar la ofensiva de los monopolios contra el nivel de vida y los derechos de los trabajadores.

La teoría de las "relaciones humanas" es también aprovechada para justificar la leyenda de la "paz de clases" en la sociedad capitalista.

Una refutación convincente de tal teoría nos la ofrece

la agudización de la lucha de clases: en 1956 participaron en las huelgas 14 millones de trabajadores; en 1958, de 25 a 27 millones; en 1960, de 54 a 58 millones, y en 1962, de 36 a 39 millones. La legislación antiobrera en los países del capital y la persecución de los militantes progresistas ponen al desnudo lo infundado de la fraseología acerca de las "relaciones humanas".

Entre las variantes modernas de la "transformación del capitalismo" encontramos la tesis burguesa de la "segunda revolución industrial" y otras teorías tecnocráticas que aparecieron en los años del cincuenta (en EE.UU. Drucker y Deebold; Fourastier en Francia y otros). En el último decenio se han operado en la técnica progresos cualitativos expresados concretamente en la mayor automatización del trabajo, en el descubrimiento de los métodos para obtener y de aprovechar la energía atómica y en la utilización de materiales sintéticos. Guiándose por estos hechos, los ideólogos burgueses han concebido la teoría de que el capitalismo vive una "segunda revolución industrial", la cual le "rejuvenecerá" y desempeñará, para su robustecimiento, el mismo papel que desempeñó la revolución industrial del siglo XX. Afirman que las nuevas revoluciones técnicas darán lugar, de por sí, a cambios radicales del régimen social, a la supresión completa de la miseria y de las crisis, ya que permiten aumentar la demanda de medios de producción, elevar la productividad del trabajo y abastecer a la población de medios de consumo baratos. Los voceros de esta corriente no consideran al capitalismo culpable del paro forzoso; según ellos, el motivo radica en el lento desarrollo de la automatización. Ven el procedimiento de superar las crisis en el sucesivo incremento de la producción, y con ello repiten la teoría vulgar de las crisis propagada por Say en el siglo XIX.

Colocando en primer plano los progresos técnicos, los ideólogos burgueses se abstraen completamente de las condiciones económico-sociales en que se realizan dichos progresos. Con la revolución industrial, o sea a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, tuvo lugar la sustitución del feudalismo por el capitalismo. Entonces la burguesía era una clase progresiva, y el capitalismo se desarrollaba en línea ascendente. Por el contrario, en el siglo XX el capitalismo va descendiendo, y ha llegado la época de su derrocamiento revolucionario y de su sustitución por el socialismo. Por eso, la idea de un largo y constante auge de la producción capitalista en el siglo XX es profundamente errónea.

Otro fallo de los razonamientos de los teóricos de la "segunda revolución industrial" consiste en que identifican los progresos técnicos y las revoluciones técnicas con la revolución social. Tampoco en el siglo XIX la revolución técnica fue idéntica a una revolución social. Por el contrario, la revolución burguesa constituyó una premisa indispensable para la revolución técnica, ya que destruyó las relaciones de producción feudales, que frenaban el desarrollo del capitalismo.

Los progresos técnicos de nuestros días no encuentran aplicación completa bajo el sistema imperialista, ya que las condiciones que imperan en él restringen las posibilidades del empleo de la nueva técnica. Solamente la realización de un cambio radical de régimen social, es decir, la revolución socialista, puede dar campo libre para el sucesivo incremento de las fuerzas productivas.

De lo dicho se deduce que el desarrollo de la técnica no puede reemplazar a la revolución socialista; lejos de ello, este desarrollo lo que hace es testimoniar la necesidad de que las relaciones de producción capitalistas sean reemplazadas por relaciones de tipo socialista.

Dentro de los límites y en las proporciones en que los nuevos adelantos técnicos son aprovechados bajo el capitalismo, su utilización no da como resultado un debilitamiento de las contradicciones y los antagonismos del régimen capitalista, sino la agravación de los mismos: de una parte, la automatización contribuye a incrementar la producción, pero, de otra parte, provoca el aumento del paro forzoso, el reforzamiento de la explotación y el empobrecimiento de las amplias masas del pueblo, todo lo cual lleva aparejada una ulterior profundización de las crisis económicas y un mayor encono de la lucha de clases.

Al igual que las restantes variedades de la "transformación del capitalismo", la denominada teoría de la "segunda revolución industrial" trata de apartar a la clase obrera de la lucha revolucionaria, de convencerla de que espere tranquilamente las "beneficiosas" consecuencias del progreso técnico.

Las teorías tecnocráticas, al considerar que las diferencias entre el capitalismo y el socialismo estriban tan sólo en el nivel de la técnica, ocultan la radical contraposición de los dos sistemas económicos y la inevitabilidad del derrumbamiento del capitalismo.

Capítulo 4

Los economistas burgueses y las perspectivas de los países en desarrollo

Durante los últimos años se han publicado en los países capitalistas numerosas obras sobre los problemas de los países en desarrollo. Estos problemas son relativamente nuevos para la economía política burguesa. Anteriormente, los ideólogos del imperialismo preferían silenciarlos. Hoy, en plena desintegración del sistema colonial, se dedican a defender las viejas y las nuevas formas del colonialismo con las teorías del "vacío", de la "interdependencia", etc.

Es característico de estas teorías la negación de la posibilidad de un camino propio de evolución de los países económicamente débiles, la ignorancia del papel de la lucha de clases en ellos y la ocultación de las profundas contradicciones existentes entre los países imperialistas y los subdesarrollados. La actitud de los actuales ideólogos del imperialismo está expuesta en las obras de los economistas norteamericanos Staley *(El futuro de los países subdesarrollados)*, Hansen *(Problemas económicos de la década del sesenta)*, Wolfe y Safrin *(Formación del capital y de las inversiones extranjeras en los países subdesarrollados)* y Watson *(Política*

económica. El negocio y la dirección), en la del economista alemán W. Gut *(La exportación de capitales a los países subdesarrollados),* etc.

Ante todo, estos economistas tratan de adulterar la esencia de la desintegración del sistema colonial del imperialismo. Afirman que los imperialistas, una vez cumplida su "misión civilizadora" en las colonias, les han concedido voluntariamente la independencia, cuando lo cierto es que el sistema colonial del imperialismo se ha desintegrado en virtud de una lucha larga y tenaz de los pueblos oprimidos por lograr su emancipación. Los imperialistas pretendieron por todos los medios, incluso mediante las armas, y lo pretenden hasta hoy día, impedir la liberación de las colonias, a la que conducía irremisiblemente la marcha de la historia.

Por otra parte, los defensores del imperialismo tratan de encubrir el contenido del colonialismo, su esencia económica. De ordinario, reducen el colonialismo a un control político de los países subdesarrollados. Esa es, por ejemplo, la tesis que sienta el profesor Adams, de la Universidad de Nueva York, en su obra *El colonialismo contemporáneo* (1955).

Entre los economistas burgueses es corriente considerar el imperialismo como una política colonial. Por consiguiente, según ellos, al desaparecer el colonialismo desaparece también el sistema imperialista. Pero, como es notorio, el imperialismo no se reduce tan sólo a la política colonial.

El principal baluarte del colonialismo contemporáneo son los Estados Unidos. Los monopolios norteamericanos penetran más y más en los países económicamente débiles, desplazando de ellos a los imperialistas de Europa Occidental. Para encubrir los afanes expansionistas de los imperialistas yanquis, sus teóricos han inventado

el mito del anticolonialismo norteamericano. En realidad, los círculos imperialistas estadounidenses se esfuerzan por mantener la explotación colonial, valiéndose para ello del control económico, de los bloques político-militares y de la implantación de regímenes de dictadura militar. Con el pretexto de "ayudar" a los países débiles, lo que intentan es consolidar sus posiciones en ellos.

Han lanzado la idea de la unificación económica de los Estados Unidos y de América Latina, donde detentan posiciones claves. Empeñados en mantenerlas, los ideólogos de los monopolios americanos niegan la posibilidad de un desarrollo autónomo de América Latina a causa de la falta de recursos naturales, del clima desfavorable, etc.

En realidad, América Latina es una de las zonas más ricas del mundo por sus reservas de mineral de hierro, de metales no férricos, de petróleo y de energía hidráulica. Su atraso agrícola no depende, ni mucho menos de las condiciones naturales, sino del carácter unilateral de su desarrollo económico, que ha dado base para la dominación de los monopolios norteamericanos.

Pese a todo, América Latina da una producción agrícola mayor que la de Europa Occidental. Los monopolios yanquis preconizan de palabra la impresión del monocultivo; pero su verdadero propósito, en este caso, es el de reducir el desarrollo de aquellas ramas que compiten con las de los Estados Unidos: la producción de trigo, maíz y carne en la Argentina, en el Uruguay, Perú y México, incrementando en estos países la producción de materias primas estratégicas. De tal modo, la integración panamericana tiende a consolidar la dependencia económica de los países de América Latina respecto de los Estados Unidos, a perpetuar la explotación de las naciones en ella comprendidas.

Un medio importante para conseguir la independencia es la industrialización de los países subdesarrollados. Los ideólogos del imperialismo la combaten, asegurando que a los países económicamente débiles les resulta más fácil y más ventajoso fomentar su agricultura. Los economistas burgueses expresan el temor de que el ascenso industrial de las naciones atrasadas provoque un aumento de la superpoblación. Debido a ello, les proponen una nueva tecnología que economice capital y acreciente el consumo de trabajo. Pretenden, de tal modo, perpetuar la técnica rudimentaria, el trabajo manual en las naciones económicamente subdesarrolladas.

Vistas las cosas en su auténtica realidad, la actual superpoblación de esos países no se debe a su desarrollo industrial, sino a las relaciones agrarias allí imperantes, a la ruina de los pequeños productores a causa de la competencia extranjera. Ciertamente, el fomento de la industria capitalista va acompañado en ellos de la formación de un ejército de reserva de mano de obra. Pero la industria, de por sí, no constituye el motivo del paro forzoso. El motivo está en la forma social de producción. El capitalismo engendra el desempleo, y sólo el socialismo resuelve este difícil problema.

Algunos economistas (Rostow, Ellis y Gut), dándose cuenta de la impopularidad de teorías que preconizan la renuncia total a la industrialización de los países subdesarrollados, proponen el llamado "desarrollo gradual". Consideran que las naciones atrasadas deben incrementar primeramente la agricultura, después la pequeña industria artesana, luego la ligera y sólo en un futuro muy lejano la pesada. Resulta, en opinión de estos economistas, que en los países atrasados irán acumulándose paulatinamente los capitales necesarios, los hábitos de trabajo, etc. Para fundamentar la teoría del desarrollo

gradual, los ideólogos burgueses invocan la historia de los Estados Unidos y de los países de Europa Occidental, que han atravesado todas estas fases. La perspectiva que los economistas burgueses ofrecen a las naciones económicamente débiles significa, en puridad, la renuncia a un desarrollo industrial independiente, puesto que la competencia de los Estados imperialistas impedirá el progreso de la industria nacional y la ahogará.

Ciertos economistas burgueses propugnan la denominada industrialización natural y sana. Por este último término entienden el desarrollo de la industria de la transformación inicial de las materias primas para las industrias ligeras y de la alimentación. Por ejemplo, proponen organizar en América Latina la elaboración del azúcar bruto y el refinado del cobre. La razón que aducen es la rentabilidad de estos tipos de producción debido a las condiciones naturales. La industrialización "sana" no tiene nada de común con la industrialización verdadera, consistente en el desarrollo inicial de la industria pesada, ante todo de la siderurgia, la fabricación de maquinaria, la química y la producción de energía.

En *¡Felicidad y paz a los pueblos!* (Moscú, 1960, pág. 69), Nikita Jruschov, dice:

"Muchos economistas occidentales afirman que para algunos países, como la India, sería mejor renunciar al desarrollo industrial y dedicarse, en lo sucesivo, a producir artículos agrícolas y ciertos tipos de materias primas minerales, exportándolos a bajo precio e importando artículos industriales y maquinaria a precios abusivos. Estas «teorías» reflejan y tratan de justificar la tendencia del capital monopolista a perpetuar la monstruosa división internacional del trabajo creada por el colonialismo, que condena a la miseria a cientos de millones de seres humanos."

Para llevar a cabo la industrialización se necesitan grandes inversiones de capitales y una política comercial exterior adecuada. A causa de ello, los gobiernos burgueses de los países subdesarrollados intervienen activamente en la vida económica y dedican importantes recursos presupuestarios a la construcción de empresas industriales. Los ideólogos del imperialismo se manifiestan contra el capitalismo de Estado en los países subdesarrollados y cantan loas a la iniciativa privada y a la libre competencia, afirmando que ésta crea las circunstancias más propicias para el desarrollo económico de dichos países. Semejante punto de vista lo propaga, muy en particular, el economista americano Staley en su obra *El futuro de los países subdesarrollados.*

La ingerencia del Estado en la economía se considera un atentado contra los "estímulos fundamentales" de la evolución económica, una "amenaza contra la democracia". Los ideólogos del imperialismo guardan silencio acerca del hecho de que la experiencia de los estados socialistas demuestra sin lugar a dudas la eficacia de la dirección de la economía por el Estado, mientras que el ejemplo de los países capitalistas testimonia la bancarrota del sistema de "libre iniciativa".

Con su fraseología sobre la democracia, los defensores de los monopolios pretenden encubrir el afán del capital extranjero de hacer y deshacer, sin control alguno, en los países económicamente débiles. La libre competencia, tan exaltada por los ideólogos del imperialismo, sólo favorece a los monopolios extranjeros que, aprovechándose de las circunstancias, pueden ahogar la industria nacional de aquellos países, todavía poco robusta.

Los ideólogos del imperialismo han inventado la teoría de que la miseria del pueblo en los países econó-

micamente débiles se debe a la falta de capital, y la falta de capital, a la miseria. Verdaderamente, en dichas naciones hay falta de capital. Pero los teóricos imperialistas se cuidan muy bien de no declarar que la causa de todo ello radica, en primer término, en los manejos de los imperialistas extranjeros, dedicados sistemáticamente a extraer la savia de los países débiles mediante la exportación de los capitales amasados en ellos y a través del intercambio no equivalencial, que frena el desarrollo de la economía, manteniendo en ella las formas de explotación precapitalistas.

A juicio de los portavoces del imperialismo, para salir del "círculo vicioso" se necesita un impulso, un "arranque", en forma de grandes inversiones de capital en los transportes, en la industria de la energía, etc. Pero para ello se requiere atraer capitales extranjeros. De tal manera, los ideólogos de los monopolios pretenden justificar la exportación de capitales, base económica del yugo imperialista.

Una de las formas que adopta el colonialismo contemporáneo es la denominada "ayuda económica". El economista americano Hansen insiste en que se la incremente, declarando al efecto: "Las perspectivas de mantener a la India en la órbita del mundo libre no son nada halagüeñas ni lo serán mientras no podamos aumentar nuestra ayuda económica."

También los maltusianos y los racistas siguen defendiendo el colonialismo. El americano Hatzler, en su libro *La crisis de la población mundial* (1956), pide que se procure reducir el número de habitantes de los países subdesarrollados. No se muestra adversario de la "modernización" económica de aquéllos, pero, a su juicio, deben comenzar reduciendo su población. Ideas análogas expone Vogt en su nuevo trabajo *¡Hombres! El medio*

de sobrevivir, publicado en 1960. Los ideólogos del imperialismo tratan de explicar el atraso económico y la pobreza de los pueblos coloniales invocando "causas naturales" para encubrir el verdadero papel de los imperialistas, que los esquilman. El sentido de las prédicas de los maltusianos modernos se nos muestra en el libro del sociólogo americano Robbins *Demasiados asiáticos* (1959). El autor preconiza la reducción del número de habitantes de los países de Asia que han conseguido su independencia. Robbins se inquieta porque la disgregación del sistema colonial del imperialismo "añadirá nuevas reservas y, lo que es peor, nuevos contingentes humanos al poderío del campo comunista".

Los principales afanes de los ideólogos del colonialismo contemporáneo tienden a impedir que los países subdesarrollados adopten, para su evolución, un camino no capitalista. Los ideólogos en cuestión manifiestan el temor de que los pueblos poco adelantados, en su ansia de independizarse económicamente, "no sean muy escrupulosos en la elección de los medios" y puedan "copiar la técnica económica y política de los comunistas" para lograr sus fines. De ahí que en las obras consagradas a los problemas de los países subdesarrollados se ataque al socialismo y al comunismo. Las teorías que justifican el colonialismo de nuestros días forman parte del arsenal anticomunista.

Contra las teorías imperialistas sobre los problemas de los países atrasados se manifiestan los economistas de estos países, portavoces de la burguesía nacional. Citaremos, a modo de ejemplo, una obra del economista indio Shah, titulada *La gran abdicación. La política exterior americana en Asia y en Africa* (1957), y una recopilación de trabajos de economistas indios, aparecida en 1961 con el título *La planificación y los planes*. En

ellas se defiende un programa de lucha por la paz y por la independencia económica. Por cuanto estas teorías van dirigidas contra el imperialismo, tienen un significado progresista.

El defecto de los escritos de los ideólogos de la burguesía nacional radica en que identifican las aspiraciones clasistas de la burguesía con los intereses del pueblo entero.

Recluidos en los estrechos límites del horizonte burgués, estos economistas no comprenden tampoco la inevitabilidad del socialismo, y se esfuerzan por encontrar un tercer camino, una vía intermedia entre el socialismo y el capitalismo. A su juicio, la sociedad futura ha de ser una combinación de capitalismo (iniciativa individual) y de socialismo (sector estatal). Los ideólogos de la burguesía no advierten la esencia capitalista del sector estatal en dichos países, y los consideran un elemento del socialismo.

Capítulo 5

Los ideólogos de la "integración" imperialista

En la literatura burguesa contemporánea, el problema de la "integración" ha pasado a ocupar uno de los puestos centrales. Lo tratan los defensores del "capitalismo regulado" y los representantes del neoliberalismo (Tinbergen, *La integración económica internacional,* 1954; Hercheg, *El futuro de la economía mundial,* 1958; Allais, *Europa unida, el camino de la prosperidad,* 1960; Sanwald y Stoler, *La integración económica,* 1950; Scitowski, *La teoría económica y la integración de Europa Occidental,* 1958, y otros).

El proceso de "integración" económica de los países de Europa Occidental refleja, en cierta medida, la orientación y el desarrollo objetivos de las fuerzas productivas de la sociedad actual, la tendencia a la aproximación económica de las naciones. Pero esta tendencia, progresiva en el fondo, pretende llevarse a cabo mediante la "integración", en una forma contrahecha por el imperialismo. La "integración", representa la unificación de los monopolios con vistas a incrementar sus ganancias y a intensificar la explotación de los pueblos, así como a combatir el campo del socialismo.

Los ideólogos del imperialismo se afanan por encu-

brir la naturaleza clasista de la "integración" y sus fines agresivos, presentándola como el camino del progreso. No hay entre los economistas burgueses unidad de criterio en cuanto a la integración. Los partidarios del "capitalismo regulado" la interpretan como un medio de "planificación mundial", mientras que para los del neoliberalismo representa el retorno a la libre competencia en el mercado mundial. Esta diferencia de definición tiene por motivo la diversidad de intereses de los monopolios de distintos países.

Pero las discrepancias entre estas dos definiciones no son de carácter básico. Como los partidarios del neoliberalismo no niegan la necesidad de la intervención del Estado en la economía, las discusiones afectan únicamente a las formas y métodos de utilizar al Estado en interés de los monopolios.

La consecuencia real de la "integración" es el fortalecimiento de las posiciones de los grandes monopolios en todas las esferas de la economía de Europa Occidental. Empeñados en ocultar este hecho tangible, los ideólogos burgueses afirman que la "integración" constituye el mejor antídoto contra todos los tipos de contracción monopolista de la producción. Presentan las alianzas estatales-monopolistas internacionales como algo opuesto a los monopolios, como un medio de "control centralizado" de los mismos, cuando en realidad, tales agrupaciones son nuevas formas de monopolios internacionales. El programa del Partido Comunista de la Unión Soviética señala: "Las organizaciones internacionales monopolistas de Estado, que se forman bajo el lema de «unificar» y de paliar los problemas del mercado, representan, de hecho, nuevas formas de redistribución del mercado capitalista mundial y se convierten en focos de fricciones y conflictos." (XXII Congreso del PCUS.)

Para las amplias masas laboriosas, la "integración" imperialista significa la unificación del pillaje monopolista, una nueva ofensiva contra su nivel de vida. No obstante, los ideólogos burgueses afirman que el propósito económico de la "integración" es el máximo aumento del producto social y, por tanto, la consecución de un mayor bienestar para el pueblo.

En la tarea de justificar la "integración" muestran un celo especial los economistas burgueses de Alemania Occidental, quienes alaban las ventajas de los grandes mercados, de los extensos espacios económicos. Al mismo tiempo, afirman que existe un conflicto entre el "espacio estatal" y el "espacio económico". La "integración" está llamada —dicen ellos— a solucionar esta contradicción, pues proporciona a Alemania Occidental un amplio "espacio económico". Semejantes lucubraciones recuerdan las viejas teorías fascistas acerca del "espacio vital". Están destinadas a justificar la expansión económica del imperialismo alemán occidental.

Capítulo 6

Infundios burgueses sobre el socialismo

En los países capitalistas —Estados Unidos, Inglaterra— existen numerosas instituciones dedicadas al estudio de los países socialistas, y se edita una profusa literatura al respecto. Entre las últimas obras de los economistas burgueses americanos referentes a la economía socialista podemos citar el libro de Buckingham *Los sistemas económicos teóricos* (1959), el de Rostow *Las etapas del desarrollo económico. Un manifiesto no comunista* (1960) y el de Natter *El aumento de la producción industrial en la Unión Soviética* (1962).

La literatura burguesa que trata los problemas del socialismo mundial se caracteriza por su extremo eclecticismo, por sus propias contradicciones, por la falsificación de las estadísticas, por la adulteración de la política de los partidos comunistas y por sus ataques difamatorios contra los países del socialismo.

Una de las formas más descaradas del anticomunismo es la afirmación de la imposibilidad práctica y de la ineficacia del socialismo. Haciendo caso omiso de los hechos, e ignorando las grandes realizaciones del régimen socialista, ciertos ideólogos burgueses (Mises y Weber, por ejemplo) siguen insistiendo en el "carácter irracional

del socialismo". Sin embargo semejantes ataques no pueden alcanzar popularidad, ya que la realidad los va desmintiendo una y otra vez.

En las circunstancias de hoy día han alcanzado gran difusión otras formas del anticomunismo, más encubiertas. La mayoría de los economistas burgueses no pueden ya negar los notables éxitos de los países socialistas; en vista de ello, dedican sus mejores esfuerzos a empequeñecer las conquistas del socialismo. Y en este empeño, los apologistas del imperialismo no vacilan en falsificar las estadísticas.

Reconociendo, aunque en forma minimizada, las realizaciones del socialismo, los ideólogos burgueses tergiversan sus causas. Niegan que tales éxitos se deban a la conquista del poder por el proletariado, al establecimiento de la propiedad socialista sobre los medios de producción y al desarrollo proporcional y planificado de la economía nacional determinado por ella, a la emulación socialista y a otras ventajas del socialismo. Los economistas burgueses lo atribuyen todo a procesos secundarios, como, por ejemplo, la inversión de grandes recursos en la industria pesada, el aumento de la cualificación profesional de los obreros, etc., presentándolo todo de tal forma que hace pensar que también bajo el capitalismo pueden lograrse iguales éxitos.

Otra forma característica del anticomunismo es el intento de ocultar las profundas diferencias existentes entre el capitalismo y el socialismo como una variedad del capitalismo, y en la sociedad capitalista pretenden descubrir rasgos del socialismo. Aseguran que el capitalismo va evolucionando gradualmente hacia el socialismo y que éste va transformándose en aquél. En resumen, se llega a la conclusión de que el porvenir no pertenece a ninguno de los dos, sino a un sistema híbrido,

mezcla de los rasgos más positivos del capitalismo y del socialismo. Este punto de vista es el que sostiene el economista americano Buckingham en su libro *Los sistemas económicos teóricos*. El mismo propósito persigue la llamada teoría del industrialismo, consistente en que la sociedad ha de examinarse exclusivamente basándose en las fases del desarrollo de la técnica. Con ello se pasa por alto la naturaleza de las relaciones de producción y los cambios de las mismas. La teoría en cuestión ha sido expuesta con el mayor detalle por Rostow en sus divagaciones sobre las fases del incremento económico. El autor trata de reducir las diferencias entre la economía socialista y la capitalista a fases del desarrollo técnico. Todas estas seudoteorías tienden a suplantar el socialismo por el capitalismo.

Entre las formas que adopta el anticomunismo citaremos la tergiversación de los rasgos básicos del sistema de producción socialista, la crítica de los "defectos" del socialismo. Tratando de desacreditar el sistema económico socialista, los defensores del capitalismo afirman que bajo el régimen socialista se produce por producir, y no para satisfacer las necesidades del pueblo. A este efecto invocan el desarrollo preferente de la industria pesada, que impide el incremento del bienestar. En realidad, el fomento primario de la producción de medios de producción crea una sólida base para incrementar la industria ligera y la productividad del trabajo. La creciente prosperidad del pueblo soviético es el mejor mentís a las invenciones de los economistas burgueses.

En algunos casos (y en particular cuando se trata de representantes de la corriente neoliberal) los economistas burgueses critican la planificación de la economía nacional como un "defecto" del socialismo, declarando que esta planificación es arbitraria y carece de base

objetiva, por cuya razón la economía del socialismo se muestra caótica e irracional. Estos economistas sólo reconocen las leyes espontáneas del mercado como reguladoras de la producción. Los ideólogos burgueses niegan el carácter objetivo de las leyes económicas del socialismo y la posibilidad de utilizarlas conscientemente cuando, en realidad, es en la utilización consciente de las leyes económicas, en el desarrollo planificado de la economía nacional, en lo que reside una de las mayores ventajas del socialismo.

Al tiempo que atacan al régimen socialista por todos los medios a su alcance, los ideólogos burgueses confeccionan sus "modelos" de socialismo, propagando un socialismo falso, el llamado "socialismo de la competencia", cuyos predicadores consideran posible la economía socialista sólo a condición de aceptar la competencia capitalista. En esencia, es lo mismo que afirman los propagandistas del "socialismo autorregulado". Frecuentemente, los ideólogos burgueses pretenden separar el comunismo del socialismo, presentándolos como sistemas contrapuestos. El propósito de estos conceptos burgueses es el de distraer la atención de los trabajadores de la lucha por un socialismo real, valiéndose para ello de las teorías falseadas.

La difusión que han alcanzado las múltiples concepciones burguesas del socialismo en la literatura capitalista testimonia la profunda crisis de la economía política burguesa, la cual no está ya en condiciones de valerse de los viejos métodos de apología descarada del capitalismo y de difamación en bloque del socialismo.

Capítulo 7

Bancarrota de la economía política burguesa

La creación del sistema socialista mundial, los éxitos de éste y la intensa agravación de todas las contradicciones del capitalismo representan una brillante confirmación del acierto histórico del marxismo-leninismo. Como muy bien señala el programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, la nueva época histórica ha deparado un auténtico triunfo a la filosofía revolucionaria del proletariado.

"Las doctrinas y escuelas burguesas no han resistido la prueba de la historia. No han podido ni pueden dar una respuesta científica a las preguntas formuladas por la vida. La burguesía no está ya en condiciones de lanzar ideas que puedan arrastrar tras sí a las masas populares. En los países capitalistas es cada vez mayor el número de personas que rompen con el ideario burgués. *La ideología burguesa atraviesa una profunda crisis.*" [3]

En su búsqueda de remedios con que salvar al capitalismo, y también para engañar a las amplias masas populares, los economistas burgueses han formulado multitud de teorías: la del keynesismo, la del incremento

[3] *Documentos del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, pág. 357.

económico, la de la planificación del capitalismo, la de la economía social mercantil y las infinitas variedades de la teoría de la transformación del capitalismo. Esta multiplicidad de escuelas y de tendencias es la prueba más palmaria del fracaso de las teorías burguesas: una tras otra van siendo refutadas por la existencia, y sus ideólogos confiesan, bien a pesar suyo, que les faltan teorías que pudieran gozar de popularidad entre las masas. A la vista de los hechos cunden las quejas de los defectos de la ciencia económica burguesa, el mayor de los cuales, según declaran sus propios representantes, consiste en la imposibilidad de prever el futuro.

Verdaderamente, la economía política burguesa no puede servir de base para esclarecer las perspectivas del desarrollo social, porque es anticientífica por completo.

Hay entre los economistas burgueses algunos que reconocen la crisis de la economía política burguesa de nuestros días. Pero, sin embargo, la tienen por un fenómeno pasajero, tras el cual vendrá una nueva época de avance. Tratan por todos los medios de ocultar que dicha crisis representa una de tantas manifestaciones de la crisis general del capitalismo.

La tarea central de los ideólogos de la burguesía es la de buscar el medio de salvar el régimen capitalista. Pero como el derrocamiento revolucionario de ese régimen es inevitable, son inútiles todos los esfuerzos de los economistas burgueses por apuntalar los resquebrajados pilares del capitalismo.

En los países capitalistas son cada vez más frecuentes y activas las críticas de las concepciones burguesas, reformistas y revisionistas por parte de economistas progresivos, partidarios del marxismo-leninismo.

A la crítica de las teorías burguesas, revisionistas y dogmáticas de nuestros días se concede atención espe-

cialísima en los documentos de los congresos del Partido Comunista de la Unión Soviética y en los discursos de Nikita Jruschov y de otros dirigentes de los partidos comunistas y obreros.

La ideología burguesa sufrió un golpe demoledor al publicarse la Declaración de la Conferencia de Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en 1960, donde se hacía una amplia definición de la época contemporánea, refutando totalmente los infundios de los ideólogos burgueses acerca del "rejuvenecimiento" del capitalismo.

En la obra de desenmascarar a los ideólogos del imperialismo han desempeñado un papel importantísimo los documentos del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y su nuevo programa.

"Los mitos y las invenciones anticomunistas de la burguesía y de sus lacayos se disipan bajo los golpes de las grandes ideas del programa... —hizo constar N. S. Jruschov—. El nuevo programa ayudará a masas cada vez más amplias a comprender que el comunismo supera al capitalismo en el sentido económico, político y moral, que le pertenece el porvenir." [4]

En las circunstancias creadas por la crisis general del capitalismo y por el incremento del sistema socialista de economía mundial, a los panegiristas descarados del imperialismo, a los reformistas y a los revisionistas se les hace cada vez más difícil defender el régimen capitalista, corrompido interiormente y desgarrado por sus profundas contradicciones.

Según se indica en el programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, "el marxismo-leninismo se ha adueñado de las mentes de la humanidad avanzada".

[4] *Documentos del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, página 220.

Triunfa porque expresa los intereses vitales de la clase obrera y de la enorme mayoría de la humanidad, porque refleja la ideología de la nueva sociedad que viene a reemplazar al capitalismo.

LAS MODERNAS TEORIAS ECONOMICAS DE LOS SOCIALISTAS DE DERECHA Y DE LOS LABORISTAS

La socialdemocracia de derecha sigue siendo un puntal importantísimo, ideológico y político, de la burguesía en el seno del movimiento obrero. Sus teóricos continúan combinando ecléctícamente las viejas ideas oportunistas con las "últimas" teorías burguesas.

Concentran sus esfuerzos en la tarea de embellecer el capitalismo moderno, presentando el sistema monopolista de Estado como "casi socialismo". Bajo la máscara del "socialismo democrático", los socialistas de derecha y los laboristas propagan las patrañas burguesas sobre la transformación del capitalismo.

En los últimos años aparece como figura teórica relevante del laborismo el autor de *El capitalismo contemporáneo* y *El fin del imperio,* Strachey, quien, tergiversando la doctrina de Marx, afirma que las leyes económicas del capitalismo cambian de naturaleza y que, a medida que ese régimen se desarrolla, instituciones como el Estado, los partidos y los sindicatos pueden superar y superan las leyes económicas, en virtud de lo cual el capitalismo se convierte en un "Estado de bienestar general". Por consiguiente, el autor considera que los trabajadores de los países capitalistas, utilizando la democracia burguesa y los sindicatos, pueden vencer paulatinamente la tendencia al empobrecimiento. A su entender, la teoría de Marx sobre la depauperación de la clase obrera no está respaldada por los hechos. En el nuevo programa del Partido Socialista de Austria,

aprobado en mayo de 1958, los socialistas de derecha austríacos niegan también el empobrecimiento relativo y absoluto de la clase obrera y declaran a Austria un "Estado de prosperidad general".

Los furiosos ataques a la doctrina de Marx sobre la depauperación del proletariado les son necesarios a los socialistas de derecha para demostrar la posibilidad de la paz de clases en la sociedad burguesa y la inutilidad de la lucha de clases, porque el capitalismo —dicen ellos— garantiza el aumento de la prosperidad material de los trabajadores. Salta a la vista que esta "teoría" significa una traición a los intereses de la clase obrera y favorece a la burguesía. Las divagaciones de los socialistas de derecha sobre el aumento de la prosperidad de los trabajadores bajo el capitalismo sirven a los defensores de la burguesía para encubrir la diferencia radical de los dos sistemas económicos: el socialista y el capitalista.

En la teoría del "Estado del bienestar general" han resucitado los viejos infundios revisionistas acerca de la "democratización del capital", las ideas burguesas de la "revolución administrativa" y de la "segunda revolución industrial". A los laboristas ingleses les agrada mucho la frase del economista burgués Burley de que en las corporaciones se verifica la "colectivización del capital", y que el propio capitalista se transforma en "un factor que desaparece". Tanto les agrada, que la han convertido en epígrafe de su documento programático *La industria y la sociedad*. Los laboristas afirman que, puesto que las funciones administrativas han pasado a manos de gerentes profesionales, representantes del pueblo, ya no hay necesidad de nacionalizar la industria.

Una variedad de la "revolución administrativa", tan ensalzada por los reformistas, es la teoría de la "participación" de los obreros en la administración de las

empresas, teoría propagada por los socialistas de derecha austríacos y alemanes. Consiste en que los obreros, en pie de igualdad con los patronos, deben entrar en los consejos supervisores de las empresas y de las cámaras de comercio e industria, de artesanía y de agricultura. A juicio de los socialistas de derecha, esta participación tiende a democratizar la administración de las empresas y de la economía en general. Tratando de explicar su renuncia a la consigna de la nacionalización, los socialistas de derecha declaran que lo que importa decisivamente no es la forma de la propiedad, sino el sistema de dirección de las empresas. Al mismo tiempo afirman que la propiedad privada deja de ser la base de la sosiedad burguesa y del poder político: en la sociedad actual predomina la "tecnocracia", es decir, el personal directivo de las empresas.

La teoría de la "participación" de los obreros en la administración de las empresas se basa en una idea falsa del carácter de la dirección capitalista. Según Marx, la administración llevada a cabo por el patrono no es sólo una función específica, determinada por la propia naturaleza de la producción social, sino que esta administración realiza, a la vez, la función de explotar a los obreros. Los socialistas de derecha se desentienden de esta segunda faceta específica de la administración, consecuencia de las relaciones de propiedad capitalistas. Consideran a los obreros y a los capitalistas como integrantes iguales del proceso de producción, como "socios". En realidad, los capitalistas explotan a los obreros y entre estas dos clases existen contradicciones antagónicas. Los socialistas de derecha, deseosos de encubrirlas, ven en la "participación" un medio de establecer la paz de clases en la industria.

En los consejos supervisores de las empresas de

Austria y de Alemania Occidental se han asignado varios puestos a los representantes de los obreros. Pero, por regla general, a estos órganos van a parar los mismos socialistas de derecha o los mismos jefes sindicales reaccionarios que ya colaboran con la burguesía. Aunque en ocasiones se consiga incluir en esos consejos a verdaderos representantes de los obreros, tampoco logran evitar que los patronos hagan y deshagan, pues éstos constituyen la mayoría y detentan el mando económico y político.

Las lucubraciones de los socialistas de derecha y de los laboristas sobre la transformación del capitalismo moderno tienen como colofón la idea de transformación gradual y espontánea del capitalismo en socialismo.

Por lo que se refiere al colonialismo contemporáneo y a las perspectivas de los países subdesarrollados, los socialistas de derecha y los laboristas se solidarizan plenamente con lo ideólogos del imperialismo.

En su obra *El fin del imperio*, Strachey pone especial interés en velar la esencia del colonialismo; lejos de condenarlo, se esfuerza por demostrar que los imperios coloniales fueron necesarios para crear la actual civilización, que Inglaterra nunca percibió grandes beneficios de las colonias y que elevó a los pueblos coloniales hasta un nivel que les permitió alcanzar la libertad. Por consiguiente, el autor reproduce totalmente la mendaz teoría burguesa de la "descolonización".

Examinando la desintegración del sistema colonial del imperialismo, Strachey afirma que se debe al cambio de naturaleza del capitalismo; desafiando hechos evidentes, declara que en los países capitalistas desarrollados han tenido lugar cambios importantes en la distribución de la renta nacional, los cuales han conducido a la desaparición del excedente de capital. Por ello, al desapa-

recer la necesidad de exportar capital ha desaparecido la necesidad de las colonias.

Ahora bien, la realidad dice que en los países imperialistas sigue existiendo un excedente relativo de capitales, exportándose éste y sosteniéndose una enconada lucha entre los Estados por las esferas de inversión. Al declarar desaparecida la exportación de capital y terminado el imperialismo, el teórico laborista pretende ocultar la circunstancia de que el colonialismo no está todavía vencido, trata de negar el pillaje de los países atrasados mediante la exportación de capital y de evitar el ascenso del movimiento antiimperialista.

Las teorías de los socialistas de derecha y de los laboristas, y en particular la del "socialismo democrático", constituyen una de tantas formas del anticomunismo. Todas ellas se basan en el modelo burgués de la economía socialista. Lo que el "socialismo democrático" se propone es suplantar el socialismo auténtico por un socialismo falsificado.

La agudización de las contradicciones del capitalismo y el incremento de la lucha del proletariado han sembrado el desconcierto en las filas de los partidos socialistas y de los laboristas, cuyos líderes buscan solución en un nuevo viraje hacia la derecha, en la renuncia a los fines del socialismo. De tal modo quieren conservar la benevolencia de la burguesía monopolista hacia ellos y asegurarse el derecho a participar en los gobiernos burgueses. Esta política, abiertamente capituladora, encuentra el creciente repudio y la crítica de los grupos de izquierda que se han formado en el seno de los partidos socialistas, del partido laborista y de los sindicatos. Los socialistas de izquierda se manifiestan contra los monopolios y contra el colonialismo, por la paz y por la democracia.

En el programa del Partido Comunista de la Unión

Soviética se nos ofrece un profundo análisis de la crisis por la que atraviesa la socialdemocracia.

Los elementos socialistas de derecha iniciaron sus actividades oponiendo artificiosamente las reformas sociales a la revolución socialista; hoy actúan en defensa del capitalismo monopolista de Estado.

En otros tiempos, estos elementos afirmaban que sus discrepancias con el marxismo no concernían en modo alguno a la interpretación de los objetivos que ha de perseguir la lucha de clases del proletariado, sino que afectaban tan sólo a los procedimientos que han de utilizarse para conseguirlos. Ahora han roto de la manera más abierta con el socialismo.

Antes decían reconocer la existencia de la lucha de clases en el seno de la sociedad burguesa, aunque este reconocimiento no les llevase a aceptar la dictadura del proletariado. Actualmente, los socialistas de derecha niegan no sólo la lucha de clases, sino incluso la existencia de las clases en la sociedad capitalista.

"La experiencia histórica ha demostrado la bancarrota tanto de la ideología como de la política de la socialdemocracia. Incluso en aquellos casos en que los partidarios reformistas llegan al poder, se limitan a realizar reformas parciales, que no afectan a la dominación de la burguesía monopolista. El anticomunismo ha conducido al socialreformismo a un callejón sin salida en el sentido ideológico y político. Esta es una de las principales causas de la crisis de la socialdemocracia." [1]

1 *Documentos del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, página 361.

BIBLIOGRAFIA

INDICE DE NOMBRES

Bibliografía

Adams, *El colonialismo contemporáneo*
Allais, *Europa unida, el camino de la prosperidad*
Bolding, *Principios de economía política*
Browder, *Marx y América. Estudio de la teoría de la depauperación*
Burley, A., *El poder sin propiedad; La revolución capitalista del siglo* XX
Buckingham, *Los sistemas económicos teóricos*
Cook, *La fecundidad humana, dilema actual*
Crosslan, *El futuro del socialismo*
Domar, *Estudio dé la teoría del incremento económico*
Erhard, *Prosperidad para todos*
Gaitskell, *Socialismo y nacionalización*
Galbraith, *La sociedad de la abundancia*
Gates, *Historia del comunismo americano*
Giolitti, A., *Las reformas y la revolución*
Gut, W., *La exportación de capitales a los países subdesarrollados*
Hansen, *El papel de América en la economía mundial; Problemas económicos de la década del sesenta*
Harrod, *En torno a la teoría de la dinámica económica*
Hatzler, *La crisis de la población mundial*
Hercheg, *El futuro de la economía mundial*
Jruschov, Nikita, *¡Felicidad y paz para los pueblos!*
Kautsky, Carlos, *La interpretación marxista de la historia*
Kelso y Adler, *El manifiesto capitalista*
Keynes, J., *Las consecuencias económicas de la paz; Teoría general del empleo, del interés y del dinero*
Kuznets, *La revolución en los ingresos*
Lenin, V. I., *Cuadernos sobre el imperialismo; El Imperialismo, fase superior del capitalismo; La revolución proletaria y el renegado Kautsky; Obras completas*
Lora, *Problemas actuales del socialismo*
Marx, Carlos, *El capital*

Milles, P., *La camarilla gobernante*
Mises, L., *El pensamiento anticapitalista*
Nadler, M., *El capitalismo popular*
Natter, *El aumento de la producción industrial en la URSS*
Pierson y Harner, *El hambre universal*
Robbins, *Demasiados asiáticos*
Rostow, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*
Sanwald y Stoler, *La integración económica*
Scitowsky, *La teoría económica y la integración de Europa Occidental*
Sharh, *La gran abdicación. La política exterior americana en Asia y Africa*
Staley, *El futuro de los países subdesarrollados*
Strachey, *El capitalismo contemporáneo y el fin del imperio*
Tinbergan, *La integración económica internacional*
Vogt, *El camino de la salvación; ¡Hombres! el medio de sobrevivir*
Watson, *Política económica. El negocio y la dirección*
Wolfe y Safrin, *Formación del capital y de las inversiones extranjeras en los países subdesarrollados*
Documentos del XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS
La industria y la sociedad (documento del Partido Laborista inglés)
La planificación y los planes (Recopilación de trabajos de economistas indios)
Las relaciones humanas y la dirección moderna (Recopilación de trabajos de economistas holandeses, británicos y norteamericanos)

Indice de nombres

A

Adams, 124
Adler, 68
Allais, 133
Ammen, A., 17

B

Block-Lené, F., 115
Bolding, 76
Browder, 89, 90
Buckingham, 137
Burley, A., 67, 72, 113, 114, 148

C

Cadogan, 89
Cook, 79
Cousté, 115
Crosslan, 86

D

Deebold, 119
Domar, 98
Drucker, 119

E

Eaton, 87
Einaudi, 107
Ellis, 126
Erhard, 68
Eubeglen, 72

F

Fourastier, 119

G

Gaitskell, 86
Galbraith, J., 72, 114, 115
Gates, 89, 90
Giolitti, A., 90
Gut, W., 124, 126

H

Hansen, A., 61, 62, 65, 72, 98, 123, 129
Harner, 79
Harris, 61, 65
Harrod, 98, 99, 101, 102, 103
Hatzler, 129
Hayek, 17
Hercheg, 133
Hilferding, R., 48, 50, 51
Hill, 88

J

Jcanneney, 115
Johnston, 72, 77
Jruschov, Nikita, 76, 104, 127, 143

K

Kautsky, B., 48, 86
Kelso, 68
Keynes, J., 14, 17, 21-31, 41,

61, 62, 64, 88, 91, 97-99, 102, 105
Knight, 17
Kuznets, 73

L

Lenin, V. I., 21, 35, 47, 48
Lora, 86

M

Malthus, Thomas Robert, 25, 79, 80
Marx, Carlos, 9, 23, 56, 67, 71, 72, 81, 85, 89, 90, 91, 100, 147
Milles, P., 69
Mises, L., 17, 75, 137

N

Nadler, M., 68
Natter, 137
Nogaro, 107

P

Pierson, 79
Prásolov, L. I., 81
Proudhon, 35

R

Robbins, 130
Ropke, W., 17
Rostow, 98, 103, 104, 126, 137, 139

S

Safrin, 123
Salsburg, 89
Samuelson, 98
Sanwald, 133
Scitowsky, 133
Shah, 130
Simson, 107
Sismondi, 35
Smith, Adam, 67
Staley, 123, 128
Stoler, 133
Strachey, 86, 147, 150

T

Tinbergen, 133

V

Vogt, 79

W

Warner, 72
Watson, 123
Weber, 137
Wolfe, 123

Fundación Isidoro Acevedo
OVIEDO

Este libro se terminó de imprimir el día 7 de octubre de 1967 en los talleres gráficos de "La Impresora Azteca", S. de R. L., avenida Poniente 140, núm. 681, Colonia Industrial Vallejo, México, 16, D. F.

Fecha de edición: 14/octubre/1967.
Se imprimieron: 5.000 ejemplares.

COLECCION 70

EN PREPARACION

La ciencia
Presiones en la política exterior norteamericana
Lenin y la filosofía
Voluntad y personalidad
Introducción al marxismo
Carrera económica USA-URSS
Leyes económicas y planificación socialista
Cinco ensayos sobre la Revolución Francesa
Los atributos de la materia
El camino del poder
La teoría de Pavlov y la psicología del pensamiento
Introducción al materialismo dialéctico
Las raíces de la religión
Literatura y filosofía a la luz de marxismo
Teoría de la moral
El socialismo anterior a Marx
La gran revolución burguesa en Francia
Introducción al materialismo histórico
Los movimientos revolucionarios de 1848-1849
Carlos Marx y los primeros tiempos de la Internacional
Manuscritos económico - filosóficos de 1844
El concepto de libertad, religión y moral
Introducción a la cibernética
Los problemas de la mujer
Rasgos económicos del imperialismo
La Primera Guerra Mundial
El marxismo y las ciencias humanas
El capitalismo monopolista
Crítica del sindicalismo
Defensa y desarme
Las contradicicones económicas
Etica y progreso
El Capital de Carlos Marx y el capitalismo
La conciencia social
Filosofía y socialismo

teorías económicas burguesas del siglo xx

S. M. FIRSOBA
V. F. TSAGA

He aquí un libro extraordinariamente útil para el estudioso de la economía. Pues se trata de un estudio concreto de uno de los problemas que más interesan al estudiante y al teórico de la ciencia económica: los principios que informan la política económica de los países capitalistas más desarrollados. La escasez de obras centradas en el tema confiere a la presente obra un interés aún mayor.

Los economistas soviéticos autores de este estudio, con un amplio bagaje científico, nos presentan un trabajo que desentraña cuanto desde el punto de vista económico y político se oculta en las corrientes económicas burguesas predominantes en nuestros tiempos, cuya finalidad esencial consiste en justificar teóricamente la explotación de los obreros y otras clases trabajadoras, al servicio de la acumulación capitalista y de los superbeneficios [illegible] los grandes financieros y gran[illegible] empresas capitalistas estrech[illegible] mutuamente vinculados entre sí.

Se trata de un trabajo polém[illegible] en el que a la luz de la teoría ec[illegible] mica marxista se analizan las [illegible] diversas escuelas económicas b[illegible] guesas en sus fundamentos y en su significación social.

La crítica a las teorías económicas de los revisionistas del marxismo destaca por su gran penetración y claridad.

COLECCION 70